Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 16

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

SEPTIEMBRE 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción*..... 1
Burguesía, pequeña burguesía y proletariado, por *L. Trotsky*..... 8
No coceéis a Rosa Luxemburgo, por *L. Trotsky*..... 12
Lecciones de la insurrección monárquica, por *L. Fersen*..... 20
La nueva ley de Asociaciones y el movimiento obrero revolucionario español, por *Henri Lacroix*..... 25
Ante el XVII Congreso Nacional de la U. G. T., por *Fernando Salvatierra*..... 28
Ante el segundo Plan quinquenal, por *Enrique Fernández*..... 31
Carta de la Unión Soviética, por *M. M.*... 39
La Izquierda comunista española y los grupos Rosmer y Landau, por *La Izquierda Comunista española*..... 47
Revista de libros..... 48

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 16

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

SEPTIEMBRE 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción*..... 1
Burguesía, pequeña burguesía y proletariado, por *L. Trotsky*..... 8
No coceéis a Rosa Luxemburgo, por *L. Trotsky*..... 12
Lecciones de la insurrección monárquica, por *L. Fersen*..... 20
La nueva ley de Asociaciones y el movimiento obrero revolucionario español, por *Henri Lacroix*..... 25
Ante el XVII Congreso Nacional de la U. G. T., por *Fernando Salvatierra*..... 28
Ante el segundo Plan quinquenal, por *Enrique Fernández*..... 31
Carta de la Unión Soviética, por *M. M.*... 39
La Izquierda comunista española y los grupos Rosmer y Landau, por *La Izquierda Comunista española*..... 47
Revista de libros..... 48

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 918 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal y América.. Un año: 8 ptas. Seis meses: 4 ptas.

Demás países..... Un año: 12 ptas. Seis meses: 6 ptas.

Los giros al administrador, F. García Lavid Cabeza, 30. MADRID

Servicio de librería

Repetidas veces nos hemos dirigido a nuestros camaradas y lectores rogándoles que todos los pedidos de libros los hagan por mediación de nuestro servicio de librería. Encontrarán con ello una rebaja, puesto que no tenemos por costumbre cobrar el importe del reembolso, como hacen todos los libreros y editores, y contribuirán al sostenimiento de nuestra Revista con el beneficio que deja la venta de librería. Esta es una fuente de ingresos que nos ayuda económicamente a sufragar las atenciones de nuestra Prensa y propaganda.

Desgraciadamente, nuestro ruego sólo ha sido atendido por un reducido número de camaradas. Hay muchos camaradas que por abulia prefieren adquirir las obras de que tienen necesidad en cualquier librería de su localidad. Nos dirigimos a ellos nuevamente para que, atendiendo nuestro ruego, no adquieran más libros que aquellos que le sirva nuestro servicio de librería. Pero no deben limitarse a esto; deben aconsejar a sus amigos y conocidos que adquieran las obras en nuestro servicio de librería. Pueden tener la absoluta seguridad de que serán mejor servidos y más rápidamente que por cualquier librería burguesa. Aquel camarada que una vez se ha dirigido a nosotros haciéndonos un pedido de libros, se ha convertido en un cliente permanente.

Igualmente, cuando se trate de adquirir libros para cualquier biblioteca obrera, deben hacer que se nos pidan a nosotros las obras. Cuando el pedido sea de alguna consideración hacemos descuentos especiales. También nos encargamos de hacer presupuestos y de formular listas de obras de carácter social.

Toda la correspondencia debe dirigirse a: F. García, Apartado 918, Madrid. Y los giros a: F. García, Cabeza, 30, Madrid.

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

Los últimos acontecimientos, es decir, la rebelión de los generales, estaba prevista por anticipado, y sólo un Gobierno que ha conservado al frente de los instrumentos coercitivos estatales a los mismos elementos de la monarquía podía ignorarlo. El incidente de Carabanchel era todo un indicio terminante de lo que se preparaba de una mayor envergadura. Pero el Gobierno republicanosocialista creía paralizar el movimiento de reacción meramente ofreciendo a dichos elementos el ejemplo de una fuerte represión contra la clase obrera que tranquilizase sus inquietudes capitalistas. Deliberadamente, la política republicanosocialista consistía en eso: en tratar por todos los medios de garantizar los privilegios de las clases plutocráticas, reprimiendo el movimiento revolucionario obrero. El mitin antiestatutista de la Plaza de Toros era la preparación, al lado del frente secreto militar, del frente civil contrarrevolucionario. Había que ser ciego para no verlo. Sin embargo, el Gobierno autorizó la movilización reaccionaria con motivo de la protesta contra el Estatuto, y al mismo tiempo que hacía eso prohibía los actos obreros de carácter revolucionario. No era accidental esta política; obedecía a todo un plan puesto en práctica desde el 14 de abril. El general Sanjurjo ha podido forjar toda su conspiración a la luz del día, e incluso valiéndose de todos los elementos que el alto cargo que ocupaba le proporcionaba. Ha encontrado colaboradores eficacísimos en ciertas autoridades nacionales y provinciales. El caso de Varela Valverde, el verdugo del proletariado sevillano, es típico a este respecto.

* * *

Sin embargo, no podemos caer en la candidez de caracterizar dicho movimiento meramente como una intentona monárquica. La sublevación del 10 de agosto tiene un carácter social mucho más hondo. Ha sido fundamentalmente el primer in-

tento de contrarrevolución burguesa, y en él han participado no sólo los elementos monárquicos definidos claramente como tales, sino elementos que forman lo que pudiéramos llamar el bonapartismo republicano. Es evidente que la actitud de Lerroux y de sus amigos no ha sido nada diáfana. Intimamente, Sanjurjo y sus generales tenían la simpatía más o menos tácita de Lerroux y sus fuerzas. No se trataba simplemente de imponer de nuevo en el trono a Alfonso de Borbón, sino de dar el golpe de gracia a los avances de la revolución democrática, anular todas las míseras conquistas obtenidas y establecer una dictadura más sanguinaria y brutal contra los obreros y campesinos. El movimiento de Sanjurjo tenía como base social a los elementos terratenientes, a los banqueros, a los industriales, a la iglesia, a la alta burocracia. Pero el movimiento no hubiera surgido si al mismo tiempo no hubiera contado con el sostén de la política del actual Gobierno republicanosocialista. Como lo han demostrado los últimos hechos, sólo en las masas obreras está la verdadera garantía contra los avances de la contrarrevolución capitalista. Pero al mismo tiempo la clase obrera no podrá derrotar verdaderamente a la contrarrevolución si no une indisolublemente su lucha contra los elementos reaccionarios y el Gobierno republicanocialista, que con su política facilita la ofensiva de la contrarrevolución. El Gobierno que ha concedido el indulto a Sanjurjo ha denegado la amnistía a los cientos de obreros y campesinos presos y procesados.

* * *

No puede decirse que, a pesar de las medidas, más espectaculares que reales, que todos los días comunica el Gobierno, haya desaparecido, ni mucho menos, el peligro de la contrarrevolución. Casi a la luz del día, los elementos reaccionarios siguen armándose y preparándose para una nueva tentativa. Si se hace el recuento de todo el escaso armamento de que se ha incautado el Gobierno y que estaba en poder de los sublevados, y las enormes cantidades que poseían, según todo el mundo sabe, se saca la evidente conclusión de que los contrarrevolucionarios no han sido desarmados, ni mucho menos, y continúan conservando para la próxima sublevación casi todas las armas de que disponían en la pasada, y de las cuales sólo pocas se han logrado recoger. A esto hay que agregar que con la complicidad mayor o menor de la Policía, el general Barrera, que era uno de los jefes fundamentales de la pasada rebelión, sigue en España, preparando con mayores garantías de éxito el próximo movimiento. Todas las noticias que nos comunican nuestros camaradas de los distintos sitios de España coinciden en señalar que los elementos

reaccionarios están cada día más provocativos, y ninguno de ellos considera los últimos sucesos como una derrota definitiva, sino como un escalón victorioso para la cercana intentona. La no ejecución del general Sanjurjo, lejos de paralizar su acción, ha servido para exasperarlos aún más, y para considerar que la debilidad del Gobierno, demostrada en esta ocasión, es un indicio de la posibilidad de poder llevar a cabo la acción a la mayor brevedad. En el mismo Parlamento se han hecho denuncias concretas de cómo Francia, con la complicidad del célebre Chiappe, se ha convertido en el centro del complot contrarrevolucionario, y de cómo el siniestro Martínez Anido encuentra todo género de facilidades para sus andanzas.

* * *

Como demostraron los últimos sucesos, principalmente en Sevilla, donde éstos adquirieron una mayor gravedad, sólo en el proletariado descansa la verdadera defensa de los principios de la revolución democrática iniciada el 14 de abril. La política del Gobierno republicanosocialista no hace más que fomentar y ayudar al avance de la contrarrevolución. Es la clase trabajadora en general la que ha de sufrir los efectos de la contrarrevolución victoriosa, y por eso precisamente, y porque el proletariado es la única clase históricamente revolucionaria, es por lo que la clase trabajadora debe aprestarse a su defensa, que a esto precisamente equivale el derrotar a la reacción. Los momentos son de una gravedad extraordinaria para la clase trabajadora en general y no son los más a propósito para entregarse a infantiles maniobras sin eficacia revolucionaria alguna. La contrarrevolución no ha de descargar sus golpes sobre los papagayos del radicalismo pequeñoburgués, sino sobre toda la clase trabajadora, sobre los obreros y los campesinos. Es a la clase trabajadora a la que corresponde, por lo tanto, la ofensiva. Los trabajadores de Sevilla, luchando sobre un frente único contra Sanjurjo y sus elementos, han dado un ejemplo elocuente mundial de cómo debe organizar la clase trabajadora sus luchas frente a la contrarrevolución. Al Partido Comunista le corresponde deducir las lógicas enseñanzas de este hecho. La política que se deriva tanto de la situación nacional como de la internacional y que por todos los medios hay que llevar a cabo es la del frente único. Hay que concertar los esfuerzos de todos los trabajadores no para la conservación de sus actuales conquistas, sino para impulsar la revolución democrática. Y ante todo, y en lo que a la política comunista se refiere, hay que buscar inmediatamente la unificación de todas las tendencias comunistas.

* * *

Internacionalmente al socialismo le corresponde en la época actual representar el más vil papel en los ataques del capitalismo contra la clase trabajadora revolucionaria. Con su política de apoyo de la democracia burguesa no hace más que facilitar el camino al avance del fascismo. Más de quince años de dominio de los socialistas en los Ministerios burgueses de Europa han traído por única consecuencia el que los trabajadores se encuentren ahora en la necesidad de luchar por sus conquistas más elementales. Desgraciadamente los hechos demuestran también que, aunque abandonan las filas socialistas los trabajadores de educación política más avanzada, estos agentes de la burguesía tienen todavía un gran ascendiente en los medios obreros. Los socialistas alemanes lograron impedir que los obreros alemanes respondieran con la huelga general al golpe de Estado de von Papen en Prusia; los socialistas españoles desde el comienzo de la revolución han logrado frenar a la clase trabajadora e impedir que ésta impulsara hasta sus últimas consecuencias la revolución democrática. En el movimiento de Sanjurjo ellos han logrado escamotear la ejecución del general sin que se levantara un fuerte movimiento revolucionario de protesta en toda España. Para establecer un justa táctica en la actuación comunista es preciso valorizar en su justa verdad las fuerzas del enemigo para deducir de ello la táctica más conveniente a seguir. Y en el caso concreto de España, la verdad es que numerosas capas del proletariado y de los campesinos están adormecidas por el opio del reformismo. Es suicida negar esta influencia socialista cuando cada nuevo acontecimiento político nos lo demuestra en la práctica. Al sentar esta premisa falsa, insinceramente sentida, el Partido Comunista no hace otra cosa que abandonar la conquista de las masas influenciadas por la socialdemocracia española, incurriendo en el mismo error en que desde 1919 ha incurrido el anarquismo.

* * *

La Izquierda Comunista Española, desde inmediatamente después del 15 de abril, dándose cuenta del ilusionismo democrático que en las masas obreras habían cultivado los socialistas, se ha esforzado por hacer prevalecer una táctica que, sin dar gritos en el desierto, consistía precisamente en desacreditar al reformismo sobre el terreno de los hechos. El que se hayan podido dar casos, como los presenciados por nosotros en Madrid, en que durante las manifestaciones callejeras contra la sublevación de Sanjurjo los socialistas han logrado azuzar a trabajadores contra los manifestantes comunistas, intentando incluso agredirles y arrebatarles las banderas, es una prueba bien fehaciente de que

hay grandes núcleos de opinión obrera que se dejan dirigir por los socialistas. No darse cuenta de esto es seguir la peligrosa política del avestruz. Lo mejor actitud para lograr una influencia comunista entre las masas que militan en las filas del reformismo es no abandonar estas organizaciones para poder en todo momento hacer la crítica de dichos métodos. Y una manera de trabajar en este sentido es no abandonar la lucha en el seno de las organizaciones de la Unión General de Trabajadores. Ante el Congreso de esta central, que se celebrará el próximo mes, existe el peligro de que no se manifieste en él un grupo de delegados homogeneamente organizados que lleven a cabo en el propio seno del comicio la crítica de toda la política que viene realizando la dirección ugetista. Ahora se comprenderá cómo mejor que dar pretextos para la exclusión de la U. G. T., a consecuencia de adhesiones a Congresos de unidad, hubiera sido la preparación de una fuerte corriente de oposición en el seno de la U. G. T. La verdad es que en la actualidad con la política de errores del comunismo oficial se ha dejado casi en perfecto monólogo a los dirigentes de la central sindical reformista.

* * *

En nuestro último número recogíamos la infamia llevada a cabo por el órgano central del Partido oficial dando crédito a la felonía publicada por un periódico de Madrid respecto a que «la izquierda comunista española se había adherido al Gobierno con motivo del complot de Sanjurjo». La maniobra del diario burgués era tan evidente que sólo con una mala fe staliniana podía dársela crédito para tratar de desacreditar a la Oposición ante las masas obreras. Pero... el que a hierro mata, a hierro muere. A los cinco o seis días de publicarse la noticia se insertó en un periódico de Barcelona otra que decía, poco más o menos, lo siguiente: «Ha visitado al gobernador civil una comisión de comunistas para protestar contra la clausura de sus centros, precisamente después de haber dado, con motivo de los últimos sucesos, pruebas de su adhesión al régimen.» La infamia cometida por el órgano de Barcelona contra el Partido es similar a la cometida contra nosotros por el diario burgués de Madrid. Pero existe una diferencia entre la actitud adoptada por nosotros y por los dirigentes comunistas. Nosotros, reconociendo la infamia, no podemos hacer más que denunciarla a la clase trabajadora como una maniobra contra el comunismo. En cambio, los dirigentes stalinianos dan fe a lo que un periódico burgués manifiesta y hacen de ello un arma polémica contra lo oposicionistas. No hay posibilidad de laborar por una comprensión mutua de las cuestiones políticas que nos separan si se empieza por hacer de la in-

famia el principal argumento polémico. Ahora bien; también hemos de declarar que, a pesar de esos procedimientos, no se nos hará en ningún momento perder la serenidad polémica.

* * *

También los radicales pequeñoburgueses de *La Batalla* han tratado de sacar partido de la hazaña de *La Libertad*, de Madrid. Pero en este caso con circunstancias agravantes, porque se hizo con gran retraso y cuando ya *La Tierra* había publicado nuestra rectificación y había aparecido en el número pasado de nuestra REVISTA, en que de manera terminante rectificábamos el infundio. Hace ya tiempo que los bloquistas tienen que acudir a estas falsificaciones de la posiciones políticas de los demás para cubrir sus propios desaciertos. El Bloque ha tenido durante los diez y siete meses de República una actuación digna de un modoso partido de extrema izquierda republicana. Ha merecido incluso el respeto de las autoridades republicanas, que mientras clausuraban los centros del Partido Comunista y encarcelaban a los comunistas oficiales y a los de la Izquierda Comunista, respetaban la libertad de sus afiliados y dirigentes. Los bloquistas han sido incapaces de adoptar una política revolucionaria de clase consecuente. Se han convertido en la práctica en un partido electoralista pequeñoburgués vulgar. A pesar de esto no han tenido inconveniente en aprovechar la infamia de un periódico burgués para calumniar políticamente a la Izquierda Comunista. Y esto lo han hecho cuando sus militantes han visto cómo en Barcelona nuestros camaradas han formado parte en la vanguardia de las manifestaciones populares, han sido agredidos por los republicanos y encarcelados. Su morbosidad corre pareja con la de los stalinianos, que han visto el mismo caso en Madrid y que, sin embargo, no han vacilado en ser los primeros en aprovechar la infamia.

* * *

Los últimos acontecimientos políticos han puesto también al descubierto que la Izquierda Comunista española, que es la única fracción obrera revolucionaria que tiene una posición teórica sólida, se encuentra en una lamentable situación de inferioridad para poder exponer en todo momento su punto de vista, es decir, sus consignas ante cada acontecimiento dado. Reducidos a la REVISTA por no haber podido continuar publicando nuestro órgano *El Soviet* a consecuencia de las dificultades económicas, no tenemos oportunidad de exponer con la rapidez que los hechos demandan nuestros puntos de vista. A consecuencia de la

crisis económica nacional y de su consecuencia, el paro forzoso, toda la prensa obrera atraviesa por grandes dificultades. Es un hecho innegable y que todos sabemos. Pero a pesar de ello, y precisamente por la inmensidad de las tareas cuya responsabilidad recae sobre nosotros, los oposicionistas españoles estamos obligados a hacer los máximos esfuerzos para dotar a nuestra organización de los medios necesarios de publicidad. La experiencia de los últimos sucesos ha sido suficientemente elocuente para habernos convencido a todos de la necesidad de que la voz de la Oposición sea conocida por las masas obreras españolas inmediatamente que un hecho de trascendencia lo requiera. Y para lograr esto no hay más posibilidad que emprender inmediatamente la publicación de un órgano central que, si por nuestra fuerza numérica no puede publicarse semanalmente, se edite quincenal. No debe ruborizarnos el reconocimiento de nuestra modestia, pero no podemos tampoco privarnos de la necesidad de mantener un contacto directo con las masas obreras y campesinas españolas.

* * *

Los días 27 y 28 del pasado agosto se han celebrado en Amsterdam las sesiones del Congreso contra la guerra. El curso de los debates, los elementos que han intervenido en él, los resultados obtenidos han sido los mismos que los que la Oposición Comunista Internacional había pronosticado. Pero lo mismo que el Congreso preparatorio español escuchó la voz de la Oposición por mediación de nuestra camarada Marino Vela, que ante los delegados asistentes expuso el verdadero concepto revolucionario de la lucha contra la guerra, en el Congreso de Amsterdam los delegados representantes de la Oposición Internacional, principalmente nuestros camaradas franceses, han expuesto ante el Congreso cuál debe ser la posición del proletariado internacional comunista en su lucha contra la guerra, lucha que indefectiblemente tiene que ir íntimamente unida a la batalla contra el capitalismo. Lo mismo en Madrid que en Amsterdam nuestros delegados han tenido que sufrir las vociferaciones, los insultos y las calumnias de los representantes stalinianos, es decir, de la mayoría de los delegados. A pesar de todas las coacciones intentadas, nuestros camaradas han realizado una excelente labor en Amsterdam. En las calles de la ciudad holandesa aparecieron numerosos y grandes carteles con vivas a Trotsky, se repartió numeroso material de propaganda de la Oposición y se logró formar en el propio Congreso un núcleo de delegados que apoyaron las consignas de la Oposición, consignas que son las del bolchevismo leninista antes de la adulteración staliniana.

Burguesía, pequeña burguesía y proletariado

Todo análisis serio de la situación política debe partir de las relaciones de las tres clases: burguesía, pequeña burguesía (incluida la campesinería) y proletariado.

La gran burguesía, económicamente poderosa, representa en sí una minoría ínfima de la nación. Para reforzar su dominación debe asegurar relaciones definidas con la pequeña burguesía y, por su mediación, con el proletariado.

Para comprender la dialéctica de estas relaciones deben distinguirse tres etapas históricas: en el alba del desarrollo capitalista, cuando la burguesía necesitaba métodos revolucionarios para resolver sus problemas; en el período de florecimiento y madurez del régimen capitalista, en que la burguesía daba a su dominación formas ordenadas, pacíficas, conservadoras, democráticas; en fin, en la declinación del capitalismo, cuando la burguesía se ve obligada a aferrarse a los métodos de la guerra civil contra el proletariado, para proteger su derecho de explotación.

Los programas políticos característicos de estas tres etapas: el jacobinismo, la democracia reformista (incluída también la socialdemocracia) y el fascismo son, en el fondo, programas de corrientes pequeñoburguesas. Tan sólo esta particularidad muestra la importancia enorme—mejor, la importancia decisiva—que tiene la autodeterminación de las masas populares pequeñoburguesas para la suerte de toda la sociedad burguesa

Sin embargo, las relaciones entre la burguesía y su apoyo fundamental, la pequeña burguesía, no se basan de ninguna manera en una confianza recíproca y una colaboración pacífica. En su masa, la pequeña burguesía es una clase explotada y desfavorecida. Se opone a la burguesía con envidia y frecuentemente con odio. Por su parte, la burguesía, aun sirviéndose del sostén de la pequeña burguesía, no tiene confianza en ella, porque teme muy justamente que ésta se incline en todo momento a franquear las barreras que se le ponen desde arriba.

Mientras trazaban y escombraban el camino al desarrollo burgués, los jacobinos entraban a cada paso en conflictos agudos con la burguesía. Ellos la sirvieron luchando con intransigencia contra ella. Después de cumplir su papel histórico limitado, los jacobinos cayeron, pues la dominación del capital estaba predestinada.

A través de una serie de etapas, la burguesía reforzó su potencia bajo la forma de la democracia parlamentaria. Tampoco pacífica ni voluntariamente. La burguesía tenía un miedo mortal al sufragio universal. Pero al fin pudo, por una conjugación de represiones y concesiones, privaciones y reformas, conseguir que se le subordinasen, dentro de los cuadros de la democracia formal, no sólo la antigua pequeña burguesía, sino también, en una proporción importante, el proletariado, por medio de la nueva pequeña burguesía—la burocracia obrera. En agosto de 1914 la burguesía imperialista se halló en condiciones, mediante la democracia parlamentaria, de arrastrar a docenas de millones de obreros y campesinos a la carnicería.

Con todo, precisamente con la guerra imperialista comenzó la declinación manifiesta del capitalismo y, ante todo, de su forma de dominación democrática. Ahora ya no se trata de nuevas reformas ni de limosnas, sino de cercenar y suprimir las antiguas. La dominación política de la burguesía entra así en contradicción no sólo con las instituciones de la democracia proletaria (sindicatos y partidos políticos), sino también con la democracia parlamentaria, en cuyos cuadros se han creado las organizaciones obreras. De ahí la campaña contra el «marxismo», por una parte; contra el parlamentarismo democrático, por otra.

Pero así como las eminencias de la burguesía liberal fueron incapaces, en su época, de acabar por sus propias fuerzas con la monarquía, el feudalismo y la Iglesia, los magnates del capital financiero son incapaces, sólo con sus fuerzas, de acabar con el proletariado. Necesitan la ayuda de la pequeña burguesía. A este fin, ésta debe ser excitada, levantada, movilizada, armada. Pero tal método tiene sus peligros.

Al mismo tiempo que se sirve del fascismo, la burguesía le tiene miedo. Pilsudsky se vió obligado, en mayo de 1926, a salvar a la sociedad burguesa por un golpe de Estado dirigido contra los partidos tradicionales de la burguesía polaca. El asunto fué tan lejos que el dirigente oficial del partido comunista polaco, Warsky, que pasó de Rosa Luxemburgo no a Lenin, sino a Stalin, tomó el golpe de Estado de Pilsudsky por el camino de la «dictadura revolucionaria democrática» y llamó a los obreros para sostener a Pilsudsky.

En la sesión de la Comisión polaca del Comité ejecutivo de la Internacional Comunista del 2 de julio de 1926, el autor de estas líneas decía respecto a los acontecimientos de Polonia:

«Vista en su conjunto, la conmoción de Pilsudsky es la manera pequeñoburguesa, «plebeya», de resolver los problemas candentes de la sociedad burguesa, que se halla en descomposición y decadencia. En esto existe ya una aproximación directa al fascismo italiano.

»Estas dos corrientes tienen rasgos comunes, indudablemente: reclutan sus tropas de choque, ante todo, en la pequeña burguesía; Pilsudsky, lo mismo que Mussolini, trabajaron con medios extraparlamentarios, de violencia descarada, con los métodos de la guerra civil; ambos se preocuparon no de la destrucción, sino del salvamento de la sociedad burguesa. Pusieron en pie a la pequeña burguesía para el asalto al Poder y se unieron abiertamente a la gran burguesía después de la toma del Poder. Aquí se impone involuntariamente una generalización histórica, recordando la apreciación dada por Marx del jacobinismo como el modo plebeyo de ajustar cuentas con los enemigos feudales de la burguesía... Esto era en el *período de ascenso* de la burguesía. Ahora debe decirse que, en el *período de declinación* de la sociedad burguesa, la burguesía necesita nuevamente un modo «plebeyo» de resolución de sus problemas, no ya progresivos, sino completamente reaccionarios. En este sentido, el *fascismo contiene una caricatura del jacobinismo.*

»La burguesía no puede mantenerse en el Poder por los medios y métodos del Estado parlamentario creado por ella misma; tiene necesidad del fascismo, por lo menos en los instantes críticos. No obstante, a la burguesía no le gusta el modo «plebeyo» de resolución de sus problemas. Fué, en general, hostil al jacobinismo, que había limpiado con sangre el camino del desarrollo de la sociedad burguesa. Los fascistas están inconmensurablemente más cerca de la burguesía decadente que los jacobinos de la burguesía ascendente. Sin embargo, la burguesía sólida tampoco ve con gusto el modo fascista de resolución de sus problemas, porque las sacudidas, aunque se produzcan

en interés de la sociedad burguesa, están ligadas a peligros para ella. De ahí la oposición entre el fascismo y los partidos burgueses tradicionales...

»A la gran burguesía le agrada tan poco el fascismo como a un hombre con la mandíbula enferma dejarse arrancar los dientes. Los círculos sólidos de la sociedad burguesa han seguido a disgusto el trabajo del dentista Pilsudsky; pero, en fin de cuentas, se han acomodado a lo inevitable, con amenazas, regateos y transacciones, sin embargo. Así, el ídolo de la víspera de la pequeña burguesía se transforma en gendarme del capital.»

A esta tentativa de señalar el puesto histórico del fascismo como relevo político de la socialdemocracia se opuso la teoría del socialfascismo. Al principio, ésta podía aparecer como una estupidez insolente, estridente, pero inofensiva. Los acontecimientos ulteriores han mostrado la influencia perniciosa que la teoría staliniana ejerció en todo el desenvolvimiento de la I. C. (1).

Del papel histórico del jacobinismo, de la democracia y del fascismo, ¿se deduce que la pequeña burguesía esté condenada a ser hasta el fin de sus días un instrumento en manos del capital? Si así fuese, la dictadura del proletariado sería imposible en una serie de países en que la pequeña burguesía constituye la mayoría de la nación, y, además, extremadamente difícil en otros países en que la pequeña burguesía representa una minoría importante. Felizmente no es así. Ya la experiencia de la Commune de París demostró, al menos en los límites de una ciudad, así como después la experiencia de la Revolución de Octubre en una escala y en un período incomparablemente más extensos, que la alianza de la grande y de la pequeña burguesía no es indisoluble. Como la pequeña burguesía es incapaz de una política *independiente* (por eso, en particular, la «dictadura democrática» pequeñoburguesa es irrealizable), no le queda más que la elección entre la burguesía y el proletariado.

En la época de ascenso, desarrollo y florecimiento del capitalismo, la pequeña burguesía, a pesar de las irrupciones agudas de descontento, marchó, en general, obedientemente en el tiro capitalista. Tampoco podía hacer otra cosa. Pero en las condiciones de la descomposición capitalista y de la situación económica sin salida, la pequeña burguesía tiende a perseguir e intentar el modo de substraerse al grillete de los antiguos amos y dirigentes de la sociedad. Es completamente capaz de enlazar su suerte a la del proletariado. Para ello sólo se requiere una condición: la pequeña burguesía debe adquirir la creencia en la capacidad del proletariado para conducir a la sociedad por un nuevo camino. El proletariado sólo puede inspirarle esta creencia por su fuerza, por la seguridad de sus acciones, por una ofensiva hábil sobre el enemigo, por el éxito de su política revolucionaria.

Pero ¡ay de él si el partido revolucionario no se muestra a la altura de la situación! La lucha cotidiana del proletariado agudiza la inestabilidad de la sociedad burguesa. Las huelgas y las revueltas políticas

(1) Mientras ocultaba el discurso citado arriba al Partido y a la I. C., la Prensa staliniana emprendió contra él una de sus campañas habituales. Manuilski escribió que yo había osado «identificar» a los fascistas con los jacobinos, que eran nuestros antepasados revolucionarios. Esto último es más o menos exacto. Desgraciadamente, de tales antepasados hay no pocos descendientes incapaces de remover su cerebro. También puede hallarse un eco de esta antigua divergencia en las nuevas producciones de Münzenberg contra el trotskismo. Pero ¡dejemos esto a un lado!

agravan la situación económica. La pequeña burguesía podría adaptarse pasajeramente a privaciones crecientes si llegase, por experiencia, a la convicción de que el proletariado está en condiciones de guiarla por un nuevo camino. Pero si el partido revolucionario, a pesar de una lucha de clases continuamente acentuada, sigue mostrándose incapaz de concentrar a la clase obrera en torno suyo, oscila, se extravía, se contradice, entonces la pequeña burguesía pierde la paciencia y comienza a ver en los obreros revolucionarios a los fautores de su propia miseria. Todos sus pensamientos son inducidos a tal conclusión por todos los partidos burgueses, incluída la socialdemocracia también. Que la crisis social tome entonces una agudeza insoportable, y aparece un partido cuyo objetivo directo es poner al rojo a la pequeña burguesía y dirigir su odio y su desesperación contra el proletariado. En Alemania esta función histórica se cumple por el nacionalsocialismo, extensa corriente cuya ideología se compone de todas las exhalaciones pútridas de la sociedad burguesa en descomposición.

La responsabilidad política principal del crecimiento del fascismo incumbe, ciertamente, a la socialdemocracia. Desde la guerra imperialista, el trabajo de este partido se reduce a arrancar a la conciencia del proletariado la idea de una política independiente, a sugerirle la creencia en la eternidad del capitalismo y a obligarle en toda ocasión a arrodillarse ante la burguesía decadente. La pequeña burguesía no puede seguir al obrero si no ve en él al nuevo amo. La socialdemocracia enseña al obrero a ser un lacayo. A un lacayo no le seguirá la pequeña burguesía. La política del reformismo quita al proletariado la posibilidad de dirigir a las masas plebeyas de la pequeña burguesía, transformándola ya por eso en carne de cañón para el fascismo.

Pero políticamente, para nosotros, la cuestión no se zanja por la responsabilidad de la socialdemocracia. Desde el comienzo de la guerra nosotros hemos denunciado a este partido como la agencia de la burguesía imperialista en las filas del proletariado. De esta nueva orientación de los marxistas revolucionarios nació la Tercera Internacional; su tarea consistía en unificar al proletariado bajo la bandera de la Revolución, asegurándole así la influencia dirigente sobre las masas oprimidas de la pequeña burguesía de las ciudades y de los campos.

El período de la postguerra fué en Alemania, más que en cualquier otra parte, una época de situación económica sin salida y de guerra civil. Las condiciones internacionales e interiores impulsaban imperiosamente al país hacia la vía del socialismo. Cada paso de la socialdemocracia puso al desnudo su decadencia y su impotencia, la esencia reaccionaria de su política, la venalidad de sus jefes. ¿Qué condiciones son aún necesarias para el desarrollo del P. C.? Sin embargo, el comunismo alemán, después de los primeros años de éxitos importantes, ha entrado en una era de oscilaciones, de zigzags, de cambios alternativos de oportunismo y aventurerismo. La burocracia centrista ha debilitado sistemáticamente a la vanguardia proletaria, impidiéndole arrastrar a la clase bajo su dirección. Por eso ha hurtado al conjunto del proletariado la posibilidad de arrastrar bajo su dirección a las masas oprimidas de la pequeña burguesía. La responsabilidad directa e inmediata por el crecimiento del fascismo es de la burocracia staliniana ante la vanguardia proletaria.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 4 de agosto de 1932.

No coceéis a Rosa Luxemburgo

El artículo de Stalin sobre «ciertos problemas de la historia del bolchevismo» lo he recibido con gran retraso. Pero, aun habiéndolo recibido, no he podido decidirme a leerlo durante mucho tiempo, porque esta clase de literatura es indigesta, como si se tratara de limaduras o de pelo de cerdo picado. Pero, después de haberlo leído, he llegado, cuando menos, a esta conclusión: no se debe dejar en silencio este documento, aunque sólo sea porque constituye una calumnia descarada y vergonzosa contra Rosa Luxemburgo.

Stalin clasifica a la gran revolucionaria en el campo centrista. Stalin demuestra—mejor dicho, afirma—que desde su advenimiento se orientó el bolchevismo hacia la escisión con el centro kautskista, mientras que Rosa Luxemburgo amparaba a Kautsky desde la izquierda. Citemos sus propias palabras: «Aun mucho antes de la guerra, desde 1903-1904, aproximadamente, cuando se formó en Rusia el grupo de los bolcheviques y cuando la izquierda de la socialdemocracia alemana se hizo oír por primera vez, Lenin se orientó hacia la ruptura, hacia la escisión con los oportunistas, tanto en el partido socialdemócrata ruso como en la Segunda Internacional y, particularmente, en la socialdemocracia alemana. Sin embargo, si la ruptura no se ha producido es únicamente porque los socialdemócratas de izquierda en la Segunda Internacional, y ante todo en la socialdemocracia alemana, representaban un grupo vacilante y débil que tenía miedo a pronunciar la palabra *ruptura, escisión.*»

Tal es la tesis fundamental del artículo. Los bolcheviques a partir de 1903 estuvieron por la ruptura no sólo con la derecha, sino también con el centro kautskista; en cuanto a Rosa de Luxemburgo, ella temía hasta pronunciar en alta voz la palabra «escisión».

Para adelantar una tesis tal hace falta no conocer nada de la historia de su propio partido y ante todo de la evolución ideológica de Lenin. En 1903-1904 Lenin fué el adversario implacable del oportunismo en la socialdemocracia alemana. Pero no consideraba oportunista más que la corriente oportunista, cuyo teorizante era Bernstein. Kautsky se encontraba entonces en lucha contra Bernstein. Lenin consideraba a Kautsky «su maestro» y lo subrayaba cuanto podía. En los trabajos de Lenin durante esta época, lo mismo que en una serie de años siguientes, no encontramos ni huella de crítica de principios dirigida contra la corriente Bebel-Kautsky. He aquí lo que Lenin escribía en su folleto *Dos tácticas* hacia la mitad de 1905: «¿Dónde y cuándo he calificado de «oportunismo» el revolucionarismo de Bebel y Kautsky? ¿Dónde y cuándo he pretendido crear una corriente particular cualquiera en la socialdemocracia internacional distinta de la Bebel y Kautsky? ¿Dónde y cuándo se han manifestado divergencias entre yo, de una parte, y Bebel y Kautsky de otra?... La solidaridad completa de la socialdemocracia revolucionaria internacional en los problemas más importantes de programa y de táctica es un hecho indiscutible.» Las palabras de Lenin son hasta tal punto claras, precisas y categóricas que agotan de un golpe toda la cuestión.

Un año y medio después, el 7 de diciembre de 1906, Lenin escribía en el artículo «La crisis del menchevismo»: «Hemos declarado desde el comienzo (véase «Un paso adelante, dos pasos atrás») que nosotros no constituímos ninguna tendencia «bolchevique» particular; no hacemos más que defender en todas partes y siempre el punto de vista de la socialdemocracia revolucionaria. Y hasta la revolución social la socialdemocracia presentará inevitablemente un ala oportunista y un ala revolucionaria.»

Hablando del menchevismo como de un ala oportunista, Lenin los acusaba no de kautskismo, sino de revisionismo. En cuanto al bolchevismo, no lo consideraba como la forma rusa de Kautsky, sino que en esta época se identificaba a sus ojos con el marxismo. La última cita muestra además que Lenin no fué categóricamente partidario de la escisión con los oportunistas; no sólo la admitía, sino que consideraba «inevitable» la presencia de los revisionistas en el seno de la socialdemocracia hasta la revolución social.

Dos semanas después, el 20 de diciembre de 1906, Lenin saluda solemnemente la respuesta de Kautsky a la encuesta de Plejanov sobre el carácter de la revolución rusa: «Lo que nosotros hemos pretendido—la defensa de las posiciones de la socialdemocracia revolucionaria contra el oportunismo y de ningún modo la creación de una corriente bolchevique «original» cualquiera—, Kautsky lo ha confirmado enteramente...»

En estos límites la cuestión está, así lo esperamos, perfectamente clara. Según Stalin, Lenin exigía ya en 1903 la ruptura en Alemania con los oportunistas no sólo del ala derecha (Bernstein), sino también del ala izquierda (Kautsky). Ahora bien; en diciembre de 1906 Lenin demostraba con orgullo a Plejanov y a los mencheviques que la corriente de Kautsky en Alemania y la de los bolcheviques en Rusia eran idénticas. Tal es la primera parte de la incursión de Stalin en la historia de las ideas del bolchevismo. ¡La buena fe y la erudición del explorador alcanzan el mismo nivel!

Inmediatamente después de su afirmación, concerniente a los años 1903-1904, Stalin da un salto al año 1916 y se refiere a la crítica violenta que hizo Lenin del folleto de guerra de Junius, es decir, de Rosa Luxemburgo. Sí; en esta época Lenin ya había declarado una lucha implacable al kautskismo y había sacado todas las conclusiones necesarias en materia de organización. Es evidente que Rosa Luxemburgo no planteaba el problema de la lucha contra el centrismo de una manera tajante—aquí la ventaja estaba enteramente de parte de Lenin. Pero entre octubre de 1916, fecha en que Lenin criticó el folleto de Junius, y el año 1903, fecha del advenimiento del bolchevismo, han transcurrido trece años. Durante la mayor parte de este período Rosa Luxemburgo se ha encontrado en oposición con Kautsky y el Comité central bebeliano, acentuando cada vez más su lucha contra el «radicalismo» formal, pedantesco y podrido de Kautsky.

Lenin no participó en esta lucha y no sostuvo a Rosa Luxemburgo hasta 1914. Absorbido apasionadamente por los asuntos rusos, observaba una prudencia extrema en los problemas internacionales. Lenin tenía por Bebel y Kautsky como revolucionarios mucha más consideración que Rosa Luxemburgo, que los observaba más de cerca en la acción. La capitulación de la socialdemocracia el 4 de agosto fué para Lenin completamente inesperada. Es sabido que Lenin consideró el número de *Vorwaerts* que contenía la declaración patriótica de la fracción socialdemócrata como una falsedad del estado mayor alemán. Sólo cuando se hubo convencido

definitivamente de esta verdad monstruosa revisó Lenin su apreciación de las corrientes fundamentales de la socialdemocracia alemana. Hagamos notar que Lenin realizó este trabajo de revisión a la manera leninista, es decir, sacando de un golpe todas las consecuencias hasta el fin.

El 27 de octubre de 1914 Lenin escribía a Chliapnikov: «... Odio y detesto *ahora* a Kautsky más que a todos los otros. ¡Qué hipocresía repugnante, mezquina y llena de suficiencia... R. Luxemburgo tenía razón. Ella comprendió *hace tiempo* que Kautsky no era más que un «teórico servil» o, para hablar simplemente, un lacayo de la mayoría del partido, del oportunismo.» (*Colección leninista*, página 200, edición rusa, subrayado por mí.) Aun no existiendo otros documentos—y los hay a centenares—, sólo estas pocas líneas bastarían para esclarecer definitivamente la historia del problema. Lenin cree necesario, hacia fines de 1914, informar a uno de sus colaboradores más próximos de la época que «ahora», *en la hora actual, hoy, contrariamente al pasado, «odia y detesta» a Kautsky*. La violencia de la fórmula demuestra, sin que podamos llamarnos a engaño, en qué medida Kautsky había defraudado la confianza de Lenin. No menos clara es la segunda frase: «R. Luxemburgo tenía razón y comprendió *hace mucho tiempo* que Kautsky no era más que un «teórico servil». Lenin se apresura aquí a reconocer lo que él no había pensado todavía o a lo menos lo que no admitía enteramente: que Rosa Luxemburgo tuviera razón.

Estos son los jalones cronológicos más importantes de la cuestión y son al mismo tiempo los jalones más importantes de la biografía política de Lenin. Es un hecho indiscutible que su curso ideológico se desenvuelve según un curso de crecimiento ininterrumpido. Pero precisamente esto significa que Lenin no se ha «convertido» en Lenin en un solo día, como lo presentan los pintores de iconos de Souzdal, sino que se ha forjado a sí mismo. Lenin ampliaba su horizonte y se instruía en otro, superando constantemente el nivel ya conquistado. En esa tenacidad, en ese constante esfuerzo intelectual para superarse es como se afirmaba su espíritu temerario. Si Lenin hubiera comprendido y formulado desde 1903 las respuestas a todos los problemas del futuro, él no habría hecho en todo el resto de su vida más que repetirse constantemente. En realidad, las cosas han pasado de un modo completamente distinto. Stalin no hace más que stalinizar a Lenin adaptándolo a sus esquemas numerados.

En la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, y sobre todo en los años 1910-1914, los problemas de la guerra, del militarismo y del pacifismo ocuparon un gran lugar. Kautsky defendía el programa reformista: limitación de armamentos, tribunal internacional, etc. Rosa Luxemburgo luchaba firmemente contra este programa por considerarlo ilusorio. Lenin manifestaba vacilaciones en esta cuestión, pero en un determinado período estuvo más cerca de Kautsky que de Rosa Luxemburgo.

Según mis conversaciones de la época con Lenin, recuerdo que le impresionó mucho el siguiente argumento de Kautsky: en las cuestiones internacionales, lo mismo que en las interiores, las reformas son producto de la lucha de clases revolucionaria; ciertas garantías («reformas») en las relaciones internacionales pueden conseguirse por la lucha de clases internacional. Lenin creía que se podía apoyar perfectamente esta posición de Kautsky, a condición de que Kautsky, después de su polémica contra Rosa Luxemburgo, se encargara de atacar a los derechistas (Noske y compañía). Yo no puedo ahora decir de memoria en qué medida estas ideas tuvieron

expresión en artículos de Lenin; ello exigiría un trabajo especial y meticuloso. Tampoco puedo afirmar de memoria en qué momento se han disipado las vacilaciones de Lenin en esta cuestión. Pero de todos modos estas vacilaciones fueron expresadas no sólo en conversaciones, sino también en la correspondencia. El poseedor de una de estas cartas es Carlos Radek.

Creo necesario aportar aquí un testimonio importante en esta cuestión para ver de conservar un documento de excepcional valor para la biografía teórica de Lenin. En el otoño de 1916, durante nuestra colaboración colectiva de la plataforma de la Oposición de Izquierda, Radek nos mostró a Kamanev, Zinoviev, a mí y también sin duda a otros camaradas la carta que le dirigió Lenin (¿en 1911?) y que constituía una defensa de Kautsky contra las críticas de la Izquierda alemana. Según la decisión del Comité Central, Radek, como otros camaradas, debiera haber remitido esta carta al Instituto de Lenin. Pero por temor a que fuera ahogada, si no destruida, en la fábrica stalinista de falsedades, Radek decidió guardar la carta hasta tiempos mejores. Estas consideraciones de Radek no carecían de fundamento. Después Radek se ha convertido él mismo en un participante, aunque poco responsable, suficientemente activo en la preparación de falsedades políticas. Bastará recordar que Radek, que, contrariamente a Stalin, conoce bien la historia del marxismo y, de todos modos, conoce la carta de Lenin, cree posible solidarizarse abiertamente con la apreciación imprudente que Stalin hace de Rosa Luxemburgo. Que Radek actúe bajo el látigo de Yaroslavsky eso no atenúa su culpabilidad, pues sólo los esclavos despreciables renuncian a los principios del marxismo en nombre de los principios del látigo.

Pero, con todo, no se trata ahora de las características personales de Radek, sino de la suerte de la carta de Lenin. ¿Qué ha sido de ella? ¿Sigue Radek substrayéndola al Instituto de Lenin? Es poco probable. Seguramente la han remitido, entre otras, en calidad de testimonio material de su fidelidad inmaterial. ¿Cuál ha sido la suerte de esta carta? ¿Se encuentra en los archivos de Stalin, entre los documentos comprometedores para sus colaboradores más próximos, o bien ha sido destruída como otros muchos documentos concernientes al pasado del Partido?

No puede haber ni sombra de razón política para disimular una carta escrita hace una veintena de años y sobre un problema que sólo tiene interés histórico. Pero precisamente el valor histórico de la carta es lo excepcionalmente grande. Nos muestra a Lenin tal como era en realidad y no tal como lo han creado a su imagen los burócratas limitados que pretenden poseer el don de la infalibilidad. Nosotros planteamos esta cuestión: ¿Dónde está la carta de Lenin dirigida a Radek? ¡Pongamos la carta de Lenin sobre el tablero del Partido y de la Internacional Comunista!

Si se toman las divergencias entre Lenin y Rosa Luxemburgo en conjunto, es indiscutiblemente Lenin quien tenía razón. Pero ello no excluye que en ciertas cuestiones y en períodos dados no haya tenido razón Rosa Luxemburgo contra Lenin. Sin embargo, estas divergencias, a pesar de su importancia, y hasta a veces de su extrema acuidad, se han desenvuelto sobre la base de la política proletaria revolucionaria que les fué común.

Cuando Lenin, echando una mirada atrás, escribía, en octubre de 1919 («Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes»): «... en el momento de la conquista del Poder y de la creación de la República soviética el bolchevismo estuvo solo y atrajo a *sí lo me-*

jor de las corrientes del pensamiento socialista que le eran proximas.» Al escribir esto Lenin también tenía en cuenta sin duda la tendencia de Rosa Luxemburgo, cuyos compañeros de ideas más próximos, como Marchelwsky, Dzerzinsky y otros, militaron en las filas bolcheviques.

Lenin conocía los errores de Rosa Luxemburgo más profundamente que Stalin. Pero, no por azar, citó un día, y precisamente a propósito de la Luxemburgo, este viejo adagio: «Pueden las águilas descender hasta el nivel de las gallinas, pero nunca pueden las gallinas alcanzar la altura de las nubes.» Por eso, precisamente por eso, debiera Stalin exhalar su mediocridad rencorosa con más prudencia ante una personalidad de la envergadura de Rosa Luxemburgo.

En el artículo «Sobre la historia de la dictadura» (octubre de 1920) escribía Lenin, refiriéndose a las del poder soviético y de la dictadura del proletariado, cuestiones que ya se habían planteado en 1905: «Los representantes del proletariado revolucionario y del marxismo no falsificado tan eminentes como Rosa Luxemburgo, apreciaron inmediatamente la importancia y la sometieron en las reuniones y en la Prensa a un análisis crítico.» Por el contrario, «las gentes del tipo de los futuros kautskistas manifestaron una incapacidad total para comprender la importancia de esta experiencia». En unas pocas líneas se reconoce toda la importancia histórica de la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, lucha de la cual Lenin estuvo muy lejos de comprender inmediatamente su alcance. Si para Stalin, para el aliado de Chang-Kaï-Chek y el compañero de armas de Purcell, el teórico del «Partido Obrero y Campesino», de la «dictadura democrática», de «no rechazar a la burguesía», etc., Rosa Luxemburgo es la representante del centrismo, para Lenin es la representante del «marxismo no falsificado». Lo que esto significa en la pluma de Lenin basta haber conocido un poco a Lenin para medirlo.

Observemos al mismo tiempo que en las notas de las obras completas de Lenin se dice, entre otras cosas, de Rosa Luxemburgo: «Durante el desarrollo del revisionismo bersteiniano, y más tarde en la época del ministerialismo (Millerand), la Luxemburgo desencadenó una guerra decisiva contra esta corriente colocándose en el ala izquierda del Partido alemán... En 1907 participó, como delegada de los socialdemócratas de Polonia y Lituania, en el Congreso de Londres del partido socialdemócrata ruso, donde sostuvo a la fracción bolchevique en todas las cuestiones fundamentales de la revolución rusa. A partir de 1907 la Luxemburgo se ha consagrado enteramente al trabajo alemán, ocupando una posición de izquierda radical y en lucha contra el centro y el ala derecha... La parte que tomó en la insurrección de enero de 1919 hizo de su nombre *una bandera de la revolución proletaria.*»

Claro está que el autor de la nota manifestará sin duda mañana su arrepentimiento y declarará que en tiempos de Lenin su pluma estaba ciega y que sólo ha adquirido plena claridad bajo Stalin. Hoy las declaraciones de este género—mezcla de simpleza de cretinismo y de bufonería—se hacen cada día en la Prensa moscovita. Pero ellas no cambian en nada el asunto. «Lo que la pluma escribe no puede extirparlo el hacha», dice el proverbio ruso. Sí; Rosa Luxemburgo se ha convertido en la bandera de la revolución proletaria.

¿Pero por qué, por qué Stalin se ha puesto —¡con tal retraso!— a revisar la antigua apreciación bolchevique sobre Rosa Luxemburgo? Como todas sus piltrafas anteriores en el dominio de la teoría, la más escandalosa es el producto lógico de su lucha contra la teoría de la «revolución permanente». En su artículo «histórico», Stalin consagra una vez más a esta teoría la mayor parte. No dice nada nuevo. Nosotros ya hemos respondido hace tiempo a todos sus argumentos en nuestro folleto *La revolución permanente.* Bajo el ángulo histórico la cuestión está suficientemente aclarada, así lo creemos en el segundo tomo de la *Historia de la Revolución de Octubre.* Aquí la cuestión de la revolución permanente no nos interesa más que en la medida en que Stalin le mezcla al nombre de Rosa Luxemburgo. Inmediatamente veremos cómo se las ha ingeniado el filósofo de las desgracias para tenderse una trampa a sí mismo.

Después de haber recordado las disensiones entre bolcheviques y mencheviques sobre la cuestión de las fuerzas motrices de la revolución rusa, encontrando en ello el medio para acumular en unas pocas líneas una serie de errores que no podemos revelar aquí, Stalin escribe: «¿Cuál fué la actitud en estas discusiones de dos socialdemócratas alemanes de izquierda, de Parvus y de Rosa Luxemburgo? Ellos inventaron un esquema utópico y semimenchevique de la teoría de la revolución permanente... Luego este esquema utópico y semimenchevique de la teoría de la revolución permanente fué cogido por Trotsky (parcialmente por Martov) y transformado en instrumento de lucha contra el leninismo...» Tal es la historia inesperada de la creación de la teoría de la revolución permanente, según las últimas investigaciones históricas de Stalin. Pero el investigador, ¡ay!, se olvida de echar una mirada a sus precedentes y sabias obras. En 1925, el mismo Stalin se había pronunciado sobre esta cuestión en su polémica contra Radek. He aquí lo que escribía entonces: «No es cierto que la teoría de la revolución permanente fuera planteada en 1905 por Rosa Luxemburgo y Trotsky. En realidad, esta teoría ya había sido expuesta antes por Parvus y Trotsky.» Se puede encontrar esta afirmación en la página 185 de la edición rusa de las *Cuestiones de leninismo.* Es de esperar que se encuentre también en todas las ediciones extranjeras.

Así, en 1925, Stalin proclama la inocencia de Rosa Luxemburgo de un pecado mortal: la participación en la elaboración de la teoría de la revolución permanente. «En realidad, esta teoría fué expuesta antes por Parvus y Trotsky.» En 1931 aprendemos en el mismo Stalin que han sido netamente «Parvus y Rosa Luxemburgo quienes han... inventado el esquema utópico y semimenchevique de la revolución permanente.» En cuanto a Trotsky, ya no es culpable de haber elaborado esta teoría, sino que no hizo más que «tomarla» en compañía... ¡de Martov! Stalin es sorprendido una vez más con la mano en el saco. ¿Se trata de ignorancia crasa o es que se ensaña en embrollar las cartas en las cuestiones fundamentales del marxismo? En realidad, no es justo plantear tal dilema, porque sucede lo uno y lo otro. Las falsificaciones stalinistas son conscientes en la medida en que están dictadas en cada momento por intereses personales bien determinados. Pero también son, al mismo tiempo, medio inconscientes, debido a su ignorancia grosera en el dominio de la teoría, pues sólo se preocupa de arreglar las cosas de modo que no contradigan sus intereses del día.

Pero el hecho está ahí. En la lucha contra el «contrabando trotskista», Stalin ha encontrado en 1931 un nuevo enemigo personal: Rosa Luxemburgo. No ha vacilado ni un instante en calumniarla, y antes de poner en circulación grandes dosis de grosería y deslealtad,

no se ha preocupado tan siquiera de revisar lo que él mismo había escrito sobre la misma cuestión cinco años antes.

La nueva variante de la historia de las ideas del bolchevismo está dictada, ante todo, por el deseo de servir un plato más cargado de especias que los precedentes. Es inútil añadir que Martov es traído aquí por los pelos para condimentar mejor el plato teórico-histórico. Martov ha tenido siempre una actitud hostil a la teoría y a la práctica de la revolución permanente y ha subrayado más de una vez que las posiciones de Trotsky sobre la revolución habían sido refutadas tanto por los bolcheviques como por los mencheviques. Pero sobre esto no vale la pena detenerse.

Es una verdadera fatalidad: no hay ni una cuestión importante de la revolución proletaria internacional sobre la que Stalin no haya emitido dos opiniones diametralmente opuestas. Sabemos que en abril de 1924 demostraba en sus *Cuestiones de leninismo* la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país. En otoño del mismo año rectificó en la nueva edición del libro este pasaje para demostrar (es decir, para afirmar pura y simplemente) que el proleteriado *«puede y debe»* construir el socialismo en un solo país. Todo lo demás del texto ha permanecido sin cambiar. En la cuestión del partido obrero y campesino, en la de las conversaciones de Brest-Litowski, en la cuestión de la dirección de la revolución de octubre, en la cuestión nacional, etc., etc., Stalin ha tenido ocasión de anticipar en el espacio de algunos años—a veces de algunos meses—opiniones diametralmente contradictorias. Sería falso atribuirlo todo a la mala memoria. Lo que pasa es mucho más grave: Stalin está completamente desprovisto de métodos de pensamiento científicos y de criterios de principio. El aborda cada cuestión como si acabara de surgir, y se encontrará aislado de todas las demás cuestiones. Su juicio responde a sus intereses diarios. Las contradicciones que lo confunden son la consecuencia de su empirismo vulgar. Rosa Luxemburgo no se presenta para él bajo la perspectiva del movimiento obrero alemán, polaco y mundial de la última mitad del siglo. No; para Stalin se trata de una figura nueva cada vez y aislada, respecto a la cual está obligado a preguntarse en cada circunstancia: ¿Es amigo o enemigo? El instinto le ha sugerido esta vez al teórico del socialismo en un solo país que la sombra de Rosa Luxemburgo le es implacablemente hostil. Pero eso no impide que la gran sombra siga siendo la bandera de la revolución proletaria mundial.

Rosa Luxemburgo criticaba desde la prisión en 1918, muy severamente, y en conjunto falsamente, la política bolchevique. Pero aun en este trabajo, que figura entre sus trabajos más erróneos, se perciben sus alas de águila. He aquí su apreciación general de la Revolución de Octubre: «Todo lo que el Partido está en condiciones de mostrar en el dominio de la energía, de la perspicacia, de la acción y de la consecuencia revolucionaria, lo han cumplido enteramente Lenin, Trotsky y sus camaradas. Todo el honor revolucionario y la aptitud en la acción que faltaron a la socialdemocracia de Occidente estaban representados por los bolcheviques. Su insurrección de octubre no sólo fué el saludo real de la revolución rusa, sino que también representaba el honor del socialismo internacional.» ¿Es ésta la voz del centrismo?

Rosa Luxemburgo somete después a una crítica severa la política bolchevique en el dominio agrario, en la consigna de autodeterminación nacional y en la renuncia a la democracia formal. En esta crítica dirigida contra Lenin y contra Trotsky no hace, digámoslo de paso, ninguna distinción entre sus puntos de vista, y, sin embargo,

Rosa Luxemburgo sabía leer, escribir y percibir matices. Ni siquiera se le ha ocurrido, por ejemplo, la idea de reprocharme mi solidaridad con Lenin en la cuestión agraria ni de haber cambiado de posiciones respecto a los campesinos. Sin embargo, ella conocía bien estas posiciones, puesto que las he explicado en detalle en su periódico polaco en 1909... Rosa Luxemburgo termina su crítica señalando que es necesario «separar en la política de los bolcheviques lo esencial de lo secundario, lo fundamental de lo accidental». Lo fundamental para ella es «el poder del movimiento de masas y su pasión del socialismo». «En este sentido—escribe ella—, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros en dar ejemplo al proletariado mundial. Y aun siguen siendo hoy los únicos que tienen derecho a exclamar como Hutten: «J'aiosé!»

Sí; Stalin tiene suficientes razones para odiar a Rosa Luxemburgo. Pero tanto mayor es nuestro deber de seguir fieles a la memoria de Rosa contra la calumnia de Stalin, repetida por los funcionarios pagados de los dos hemisferios, tanto mayor es nuestro deber de transmitir en todo su esplendor y su alto poder educador esta figura verdaderamente maravillosa, heroica y trágica a las nuevas generaciones del proletariado.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 28 de junio de 1932.

Por falta de espacio nos vemos obligados a aplazar hasta el próximo número la publicación de la declaración hecha por los bolcheviques-leninistas (Oposición Comunista de Izquierda) en el Congreso internacional contra la guerra, y otros documentos sobre el mismo problema, entre ellos la declaración de la delegación de nuestra organización a la Conferencia Nacional contra la guerra recientemente celebrada en Madrid.

Lecciones de la insurrección monárquica

La insurrección militar del 10 de agosto ha revelado brutalmente la debilidad del Estado republicano. Si pudo ser fácilmente vencida, ha sido por su falta de base en la población civil y, ante todo, por la hostilidad del proletariado; una buena parte de la pequeña burguesía aceptaría con gusto una nueva dictadura, ya de Sanjurjo o de Lerroux. Pero lo cierto es que el Gobierno se encontraba rodeado de un aparato de represión incontrolable—Ejército, Guardia civil, Policía—y que no se sabía en qué sentido iba a responder. Allí donde la insurrección estuvo bien organizada, en Sevilla, todas las fuerzas apoyaron incondicionalmente el movimiento, hasta que comprendieron que era imposible continuarlo. Visto ya desde el primer momento el fracaso, el comienzo ridículo y folletinesco que tuvo la insurrección en Madrid, la falta de ambiente y de organización de los sublevados, las demás guarniciones ya no pudieron manifestarse, ni pudieron manifestarse tampoco otros sectores de la población oficial que, como la burocracia, la apoyaban incondicionalmente. Estas gentes, un poco desmoralizadas por el fracaso, han seguido en sus madrigueras, esperando mejor ocasión, aunque muchos de ellos duden de si llegará.

La impotencia de la República para desalojar de sus posiciones a los monárquicos, que siguen incrustados en el aparato de Estado, se ha visto desde el advenimiento del nuevo régimen. Como hubo desde el primer momento que montar la guardia contra el proletariado, no fué posible prescindir de sus servicios. Es un hecho, que se puede comprobar, que la utilidad de los monárquicos ha estado siempre en razón directa de la ofensiva del proletariado. La carrera de Sanjurjo es en esto significativa: director de la Guardia civil, primero; enviado luego a Marruecos, donde empezaban disturbios entre la población obrera; fué encargado por el Gobierno de reprimir la aventura de Franco en Andalucía; pasó de nuevo a director de la Guardia civil, y, por último, a director general de Carabineros. El hecho de que el gobernador de Sevilla estuviera en relación con los monárquicos y cediera sin resistencia, es también elocuente. El que en uno de los períodos más agitados de la lucha en Barcelona se haya puesto de gobernador civil a un caballero de sacristía tan tenebroso, inmundo y repugnante como Anguera del Sojo es una prueba más de que el material monárquico hubo que utilizarlo para el proletariado. Aunque ello sea conocido de todos, hay que subrayar que la utilización de monárquicos para combatir al proletariado ha tomado muchas veces la forma de una verdadera provocación, como en el caso de Sanjurjo, Anguera del Sojo, etc.

Vencido el movimiento, el Gobierno, siempre fiel a su línea de conducta, no tuvo más que una preocupación: organizar la impunidad. Asaltado por un mar de escrúpulos legales, aplazó el Consejo sumarísimo—cuando esa gente debiera ser juzgada en el acto—, para dar tiempo a que se calmasen los ánimos y proceder según se manifestara más o menos exaltada la opinión. En el tiempo que media entre la sublevación y el Consejo contra Sanjurjo se promulga la

ley de Expropiación de fincas rústicas, con vistas a atenuar la sanción entre los militares. La expropiación de los terratenientes es necesaria y no se debe esperar a que se subleven para hacerla. Pero, aun así, no hay por qué hacer de esta medida un medio para salvar a los militares monárquicos. El silencio que hasta la vista del proceso contra Sanjurjo han guardado el Gobierno y la Prensa burguesa respondía al deseo de no avivar las llamas y poder escamotear la sanción. El Consejo sumarísimo contra Sanjurjo ha sido, por su prólogo y su epílogo, una farsa ejemplar. La inesperada absolución del capitán Sanjurjo, recordando que es hijo del general, pero olvidando que es un capitán con la misma responsabilidad que otro capitán cualquiera, constituye todo un poema sentimental.

Por lo demás, el Gobierno no ha querido escarbar mucho en lo que se refiere a la verdadera situación del Ejército. Con unas cuantas detenciones, unas cuantas destituciones y unos cuantos golpes de efecto, se cree el asunto liquidado. Pero la sublevación ha demostrado precisamente que la solución no es tan sencilla. Hemos presenciado una sublevación netamente, raspadamente, cínicamente militar, sin base ninguna entre la población civil, salvo un puñado de duques. La última aventura ha demostrado que el Ejército forma una institución monárquica, muy homogénea, la más homogénea que existe hoy en el país, y, desde luego, la más poderosa. Si el último movimiento lo hemos sentido todos como algo indignante, insolente y odioso, hasta lo insoportable, es, ante todo, por su exclusivo carácter militar, pues se trataba de un golpe monárquico sin más fuerza ni apoyo que el Ejército. Ahora bien, es evidente que para este golpe se contaba con algo más que la guarnición de Sevilla y los tiros que pudiera disparar el general Cavalcanti desde un *taxi* por las calles de Madrid. Es seguro que estaba comprometida la mayor parte de las guarniciones. Pero el Gobierno, en esto, nada quiso descubrir. ¿Cómo se concibe que el golpe no tenga una sólida base en todas las capitales? Sin embargo, en Barcelona, el punto más importante, sólo sabemos la existencia de un conspirador: el general Barrera. Un movimiento que iba dirigido en gran parte contra las aspiraciones catalanas, y siendo, como son, la burocracia central y el Ejército los más rabiosos representantes del anticatalanismo, resulta que no había en él más militante activo que el general Barrera.

Una densa capa de impunidad cubre a los militares monárquicos, y es posible que este hecho esté agravado por un nuevo factor: el amor propio del ministro de la Guerra. El Sr. Azaña debe la mejor parte de su popularidad a las reformas militares, que hicieron creer al país, y al mismo ministro, que había formado un Ejército leal y sumiso al régimen. Los hechos, sin embargo, nos vienen mostrando la horrible verdad, y de una manera particularmente escandalosa desde hace unos meses: no existe en el país ningún punto donde el monarquismo esté tan organizado y sea tan poderoso como en el Ejército. Se van sucediendo los hechos, cada vez más escandalosos, a veces casi increíbles, como la última insurrección, y el Gobierno, que también es, en parte, un sorprendido, sólo se preocupa de atenuar, tapar, pero no se atreve a descorrer el velo, quizá por miedo a mirar cara a cara su propia obra. No hay exageración en ello: al poco más de un año de República nos encontramos con un Ejército monárquico perfectamente organizado y tomando ya la ofensiva. No hay que olvidar que la última no ha sido una insurrección de unos pocos o de unos cualquiera. Los dirigentes estaban ocupando los puestos fundamentales del Ejército y venían preparando el movimiento pacientemente.

Recordemos los hechos tal como se han venido sucediendo. Después de la detención de significados monárquicos, entre ellos el general Barrera, y del castigo—¡con un mes de arresto!—a Cavalcanti por haberle dirigido una carta insolente a su ministro, sucede lo de Carabanchel. Sin embargo, por vanidad profesional, el ministro trató de sacarle importancia a los rumores de conspiración militar; se recordará que se levantó el Sr. Azaña en el Parlamento y con laconismo espartano trató de desvanecer los rumores que circulaban. Por vanidad profesional, se trató también de sacarle importancia al incidente de Carabanchel, a pesar de que éste era gravísimo, pues descubría que los mandos militares más importantes de la capital de la República estaban preparando el golpe. El Gobierno intentó hacerse el sordo; pero no cabe ignorar que si no es por el incidente de Carabanchel, que desbarató un poco los planes, la sublevación en Madrid no tendría el aire pintoresco y ridículo que ha tenido.

No faltaron antecedentes al levantamiento de Sanjurjo. Y si no se ha evitado es por las vacilaciones de un régimen y de unos políticos que, habiendo tenido que utilizar a los militares monárquicos para reprimir a las masas trabajadoras, estaban especialmente interesados en demostrar que las camarillas militares eran adictas y leales al régimen.

Era también mucho suponer que así, porque sí, por haberles dado de repente a los militares la posibilidad de quedarse en el Ejército o de retirarse con todo el sueldo, iba a desaparecer el problema del militarismo en el país. La política militar de la República se ha demostrado que era una gran mentira. En realidad, lo que en torno a ella se dijo sólo representaba las ilusiones de un impotente liberalismo que, siendo incapaz de hacer nada, tenía que suponerse que estaba haciendo grandes cosas. A propósito de las reformas militares, decía un día el desaparecido *Crisol*, todo aliviado y hablador: «Diríase un milagro. Tenemos que ver cómo ha sido hacedero este milagro, a fin de aplicar el método y realizar otros semejantes en algunas esferas del Estado, que también están necesitando transformaciones súbitas y radicales, sin vacilación, sin consideración, atacando la raíz con hachazo certero, tirando al bulto.» ¡Qué hachazos, qué milagros!

* * *

Pero, aun siendo la última insurrección consecuencia de la política de la República, es lo notable que vino a inyectarle una nueva vida al Gobierno y a las Cortes. Un Gobierno y unas Cortes que se caían a pedazos encontraron de pronto en la insurrección militar un medio de prolongar su existencia. Habiendo sido la clase obrera la única que demostró ser capaz de hacerle frente a la reacción (pues lo que hizo en Sevilla lo haría en todas partes, y lo que hizo la guarnición de Sevilla lo harían, llegado el caso, todas o la mayor parte de las guarniciones), no ha ganado, empero, ninguna posición política. Fueron las mismas Cortes y el mismo Gobierno, es decir, los culpables de la insurrección, los que han ganado terreno. Esto nos demuestra una vez más el profundo desconcierto de nuestro movimiento obrero. Ya estábamos todos conformes, y lo habíamos dicho mil veces, que las Cortes estaban caídas, que los socialistas desacreditados; pero, sin embargo, se produce un cambio en la situación y son esas fuerzas las que ganan terreno. Se puede tener por seguro—la experiencia de estos días marca esta tendencia—que, a pesar de existir la experiencia del cambio de régimen, el proletariado volverá a incurrir en los mismos errores de presentarse una situación semejante. La C. N. T., de esta vez, ha cometido todos los desatinos imaginables, y conviene examinar estas experiencias para ver el papel contrarrevolucionario que en ciertos momentos puede jugar el anarquismo.

La C. N. T. aceptó la lucha; pero, una vez vencida la insurrección, se retiró a «prepararse para el comunismo libertario». No supo, no quiso saber, que la sanción que recayera sobre los criminales dependía únicamente de la actividad revolucionaria del proletariado. Si el proletariado exige que sean juzgados en el acto los generales sublevados, tendrían que serlo. Se pudo ir a la huelga, y todo el proletariado respondería como un solo hombre, en protesta contra la insurrección de Sanjurjo. Se pudo ir a la huelga y conseguir el castigo de los sublevados, la libertad de los presos, la abolición de la ley de Defensa de la República—que debió caer en este período—y de toda esa legislación criminal que anula los derechos democráticos del proletariado. Pero no; se abandonó la batalla sin haberla empezado. Así, el Gobierno—que temía una reacción popular—se quedó con las manos libres y pudo hacer lo que quiso. Todo el orgullo de la Confederación se cifró en demostrar que ni le había hecho el juego a la reacción ni había ido a la cola de los republicanos. La miopía natural del anarquismo tiene sus límites. De esta vez ha visto—y no quedaba más remedio que verlo o sentirse en flagrante delito de traición—que, a pesar de que el anarquismo lo reduce, hay momentos en que no se puede permanecer neutral. Pero si en un acto de legítima defensa sintió la necesidad de luchar contra Sanjurjo, en cambio, dos días antes no vió la necesidad de luchar contra Lerroux, declarándola una «lucha entre políticos». Fué menester que la reacción se presentase bajo la forma del charrasco y el golpe monárquico, para que los anarquistas comprendiesen la necesidad de salir a la calle a hacerle frente. Pero, una vez vencida la sublevación, abandonaron el terreno, para que no se les pudiera acusar de «intervenir en política». Con los ojos y corazón puestos en el «comunismo libertario», les importaba un bledo lo que a continuación pudiera ocurrir. «En cuanto a los autores del movimiento fascista, no debe importarnos que la República no los ejecute—decía a los pocos días García Oliver en un mitin—, porque mañana seremos nosotros quienes los ejecutaremos.»

No se desplegó ninguna actividad. Nunca la C. N. T. dió prueba de más lamentable desorientación. La gran sorpresa nos la tenía reservada para el día en que recayó sentencia sobre Sanjurjo: que como eran anarquistas—nos decía *Solidaridad Obrera*—, y, por consiguiente, enemigos de la pena capital, tampoco en este caso podían hacer excepción y solicitaban el indulto del general Sanjurjo; además, con este acto pretendían demostrar que la C. N. T. estaba moralmente «muy por encima de sus adversarios». Es cierto; el acto es de una nobleza enternecedora. ¡Bendita sea vuestra pureza, queridos!

La reacción ha sufrido un rudo golpe. Pero como esto no se ha correspondido con un avance del proletariado, puede reponerse pronto, porque ahí están para restaurarla los partidos burgueses de izquierda-socialista, radical-socialista, azañistas—que son los únicos que se han reforzado. Ultimamente, se veía avanzar la reacción en dos formas, que entre sí no se ignoraban. Una, adaptada al régimen, donde tenía la vanguardia la burguesía, que contaba con amplia base entre las clases medias, que era aceptada como un mal menor por los sectores más directamente ligados a la monarquía, y que estaba acaudillada por Lerroux. La otra, socialmente más débil, la representaban los sectores monárquicos, y tenía su principal base

e instrumento en el Ejército. Contra ambas formas había que luchar, de presentarse el caso. Pero sólo los comunistas hemos preconizado—aparte el modo que tuviese cada uno de hacerlo—la lucha resuelta contra la reacción. Los anarquistas no podían comprender qué interés especial podía tener el proletariado revolucionario contra Lerroux, pues se trataba—según ellos—de un pleito particularísimo entre socialistas y lerrouxistas. La verdad es lo contrario: el socialismo, en cuanto tendencia reformista, es en estos casos la mínima expresión del antagonismo que existe entre burguesía y proletariado; de entrar Lerroux, no le daría el golpe de muerte a los socialistas, sino a las organizaciones y partidos revolucionarios.

Pero, a pesar de su enorme base social, el lerrouxismo se desmorona. La inmunda historia del «caudillo» de los líderes más destacados del partido republicano radical, que constituyen una pandilla de sujetos verdaderamente impresentable, es la ruina del movimiento. Lerroux, juntamente por su pasado, teme a cualquier adversario. Su reino está en el retoricismo ambiguo; pero eso puede soportar una polémica un poco agria. La posición de Lerroux durante toda la República es la del perfecto equilibrista. Pero bastó que le frunciese un poco las cejas el adversario para que se desmayase el caudillo. Del torneo parlamentario Azaña-Prieto-Lerroux se sacó la impresión clara de que Lerroux sólo subiría al Poder—y esta gente llega fácilmente a un arreglo—a condición de que se lo consintiesen los socialistas. Pero, por eso mismo, es muy posible que la burguesía sienta necesidad de agruparse en torno a un nuevo eje y abandona al pobre diablo del «caudillo».

La burguesía está en este momento, después del grotesco fracaso de Lerroux y Sanjurjo, un poco desarbolada. Pero el movimiento obrero sigue desbecho, y si no se repone se repondrá la burguesía. Al intentar una ofensiva audaz—quizá demasiado audaz—, se ha desorganizado un poco la reacción. Pero se creó una situación equívoca que puede desplazarse en sentido reaccionario o revolucionario, según sea la actitud del proletariado. Es cierto que hemos vencido la primera ofensiva de la reacción; pero sobre el proletariado pesa todavía—a causa de sus errores, de nuestra tendencia de renunciar al ataque en los momentos decisivos—la dictadura innoble que se le impone en nombre de la democracia. En nombre de la defensa de la democracia no tenemos libertad ni de Prensa—la Prensa obrera está sometida a una censura más hipócrita, leguleya y rastrera que en tiempos de la Dictadura—, ni de asociación, ni de palabra, ni de reunión. Nuestras organizaciones se han convertido, bajo la democracia republicana, en una especie de ratoneras, que le sirven a la Policía para saber dónde puede detener caprichosa e impunemente a los revolucionarios. Se está intentando imponerle al proletariado una ley de hierro, la ley de Asociaciones del día 8 de abril, que le obliga a aceptar las Comisiones mixtas, que es un golpe de muerte dado a los principios de la lucha de clases, que tiende a matar el derecho de huelga, la única arma seria que tiene el proletariado para intimidar a la burguesía; se está fraguando, además, una ley de Orden público verdaderamente cínica y criminal, que convierte los derechos democráticos en algo que las clases dominantes pueden otorgar o retirar cuando les convenga.

Sin haber restaurado plenamente los derechos democráticos—esto debe ser ahora el único objetivo de nuestra lucha—, no podremos decir que hemos hecho conquistas importantes sobre la reacción, ni tampoco que hemos despejado la situación en sentido revolucionario.

L. FERSEN.

La nueva ley de Asociaciones y el movimiento obrero revolucionario español

No es necesario hacer ningún esfuerzo mental para comprender que la nueva ley de Asociaciones ha sido creada por los socialistas, auxiliares supremos del régimen capitalista desde el Gobierno de la República, para aplastar el movimiento obrero revolucionario español, para destruir la Confederación Nacional del Trabajo de España. La nueva ley es, además, una de las gratificaciones del nuevo régimen a los socialistas de la U. G. T. por sus traiciones a la clase obrera, pues es bien notorio que así como va encarnizadamente contra el movimiento sindical revolucionario, beneficia enormemente a los Sindicatos socialreformistas. Ya lo dicen los mismos dirigentes de la U. G. T. en la introducción al folleto con la nueva ley, publicado por la misma U. G. T.: «La ley de Asociaciones tiene una gran importancia, ya que se halla en relación con las demás leyes sociales, sobre todo las que se refieren al contrato de trabajo, Jurados mixtos y colocación obrera.» Lo que, dicho de otra forma, significa: «La U. G. T. es dueña y señora de los Jurados mixtos y de todos los organismos oficiales en materia social. La burguesía reconocía como tal a la U. G. T., y ahora, ese reconocimiento viene a hacerse oficial. Quien no quiera reconocer esa autoridad soberana de la U. G. T. y no se someta a la nueva ley suya será aplastado por la U. G. T. y por la ley.» ¡Y a esa ley la titulan los socialistas «obra decisiva» para los trabajadores y para el *bienestar social* (subrayado por mí, H. L.) en general que vienen realizando la República española y su primer ministro de Trabajo y Previsión! Obra decisiva para intentar amordazar al proletariado español y para conseguir el bienestar social de la burguesía lo es, a no dudarlo; obra decisiva encaminada a aplastar el movimiento obrero revolucionario español, y, en unión de las demás leyes sociales y la ley de Orden público, reprimir el movimiento revolucionario de la clase obrera que quiere luchar en defensa de sus intereses de clase, lo es, a no dudarlo.

Los comentarios que los líderes socialistas hacen de la nueva ley son de una osadía y de un cinismo verdaderamente sorprendente y bochornoso. «La substancia del artículo 2.º está—dicen—, a juicio nuestro, en la rotunda declaración—que constituye su párrafo segundo—de que el ingreso en las Asociaciones profesionales patronales u obreras *será voluntario.*» Pero esa afirmación es absolutamente falsa, por dos razones, entre otras: 1.ª Porque actualmente, de una forma indirecta, a los obreros que desean encontrar ocupación se les obliga a poseer el carnet de afiliado a la U. G. T., principalmente en Madrid y en todos aquellos centros y empresas donde predominan los elementos socialistas. No se *obliga* a ingresar en los Sindicatos, pero si no se posee el carnet de la U. G. T. no se encuentra colocación; 2.ª, porque tampoco será *voluntaria* la adhesión a un Sindicato de lucha de clases, ni le será permitida la creación *voluntaria* de Sindicatos clasistas, porque, para impedirlo,

está la ley que crea los delegados del Trabajo, que serán hijos legítimos de los Comités Paritarios (hoy Jurados Mixtos, por hacer menos antipático el nombre) y de todas las leyes sociales... socialistas, delegados que serán amigos íntimos de la U. G. T., y que serán los encargados de aprobar o rechazar los estatutos que presenten las organizaciones obreras. Hasta ahora, los encargados directos de estas funciones eran única y exclusivamente los respectivos gobernadores civiles, representantes del capital, quienes aprobaban o rechazaban los Estatutos de los organismos obreros; en lo sucesivo, tendremos unos señores delegados, encargados de velar por los intereses de la burguesía, claro está, y por los de la U. G. T., que tiene marcadísimo interés en que no existan organismos obreros de lucha de clases y de lucha contra el socialreformismo. Con lo que se obliga a las organizaciones obreras a ser ugetistas o a no ser organizaciones obreras.

La libertad de asociación *voluntaria*, en la nueva ley, queda, como vemos, completamente sometida a la voluntad de los socialreformistas, que serán los dueños de la ley y del movimiento obrero español. Porque ya sabemos lo que significan los recursos y apelaciones que la ley concede a las organizaciones obreras que no estén conformes con los fallos de los delegados provinciales del Trabajo. Dice el artículo 10 de la nueva ley: «Si el delegado provincial de Trabajo formulara reparos a los Estatutos o Reglamentos presentados, según lo previsto en el artículo anterior, podrán los interesados avenirse a la subsanación de las faltas señaladas o recurrir, dentro de los cinco días siguientes, ante el ministro de Trabajo y Previsión.» Así, pues, cuando los obreros vascos, por ejemplo, deseen constituir una organización obrera revolucionaria, al margen de las que dirige el socialreformista Angel Lacort, deberán dirigir sus Estatutos al delegado del Trabajo, que es el mismo Angel Lacort, y si éste no aprueba los Estatutos, «podrán» dirigirse a Largo Caballero, ministro de Trabajo y Previsión, que, naturalmente, sancionará lo hecho por su amigo y correligionario Lacort. El engranaje está magníficamente bien montado. Las organizaciones obreras, para ser legales, tendrán que tener unos Estatutos del gusto y agrado de los delegados de Trabajo; estar inscritas en las respectivas Delegaciones provinciales de Trabajo, y poseer certificados expedidos por dichas Delegaciones, que acreditarán la legalización de las organizaciones. A cambio de esos certificados hay que dar, aparte todo lo antes señalado, los libros de afiliados, con nombre, edad, profesión y domicilio de cada uno; los libros de éstos y los de contabilidad, que podrán ser inspeccionados por los delegados de Trabajo. Habrán de *justificarse legalmente* los gastos e ingresos de las organizaciones, formalidad que deberá hacerse pública semestralmente. «El delegado de Trabajo podrá ordenar la práctica de inspecciones en los domicilios sociales de las Asociaciones...»

Las organizaciones obreras serán pertenencia casi exclusiva de los delegados de Trabajo y no de los trabajadores que las integran.

Toda la ley está basada en la obligación de la colaboración de clases, en la intervención en Tribunales industriales y Jurados Mixtos, que tendrán por misión abolir huelgas y conflictos entre el capital y el trabajo, impidiendo la defensa de los intereses de clase del proletariado por medio de la lucha de clases. No faltan en la ley intromisiones en la vida y el régimen interno de las organizaciones obreras, sino que, por el contrario, trata de determinar, determina, mejor dicho, el régimen interno de los mismos, cosa que hasta aquí, y en todos los países del mundo, es facultad que únicamente pertenece a los obreros afiliados. Se dice en la ley, por ejemplo, en el artículo 4.º: «Solamente podrán ingresar en las Asociaciones profesionales obreras los individuos mayores de dieciséis años que pertenezcan a los oficios y profesiones cuyos intereses obreros trate de defender la Asociación. Los menores de dieciocho años sólo tendrán voz, pero no voto, en las juntas generales.» Los jóvenes obreros, los más explotados por la avaricia capitalista, no podrán defender sus intereses de clase. La nueva ley les permite asociarse, pero les priva de voto en sus organizaciones. Y es esto lo que es facultad única de la organización y no de la ley. Pero es que ésta es de los socialistas y para ellos, contra el proletariado revolucionario. Leyéndola, cree uno encontrarse ante unos Estatutos de una organización reformista, hechos con cruel refinamiento para impedir el ingreso de los elementos más revolucionarios y combativos (el caso de los jóvenes), y para destruir los organismos que no se sometan a la voluntad de los dirigentes de arriba. Es una ley contra el movimiento sindical revolucionario, contra la C. N. T., principalmente, en la que los socialdemócratas se cobran el precio de sus traiciones a la causa del proletariado. Se ha aplazado la aplicación de la ley, se ha dado una tregua, que no significa otra cosa que preparar el terreno, «dando largas al asunto», para la aplicción posterior. Y que la ley se aplicará sin modificaciones, si el proletariado español no reacciona viril y enérgicamente, no cabe la menor duda.

Los jefes de la C. N. T., de quienes se ha apoderado un pánico y una miopía incalificables, hablan de lanzar la organización a la ilegalidad, sin antes decir cómo ha de lucharse contra la nueva ley-mordaza. Los momentos son de gran peligro para la C. N. T. y para el movimiento obrero revolucionario español. Hay que luchar con toda energía contra la aplicación de la nueva ley, luchar hasta el fin por la defensa de la C. N. T., en peligro, llegando incluso a la huelga general. Hay que explicar a los obreros lo que es la nueva ley, para que se opongan a ella. Eso es lo que corresponde hacer en el período precedente a la aplicación de la ley; pero si ésta se aplica a pesar de la resistencia del proletariado, la organización obrera revolucionaria tiene medios, debe tenerlos, para sustraerse a los efectos de la misma sin necesidad de recurrir a medidas suicidas, como lo sería la total ilegalidad del movimiento sindical revolucionario español. Repetición de hechos como los de 1923 no debe tolerarlos el proletariado de la C. N. T.; aquello fué la disolución de la C. N. T., y la disolución será su lanzamiento a la ilegalidad. Y la C. N. T. necesita la legalidad, por mucho que la restrinja la clase enemiga, aunque tengamos que proceder, como magistralmente decía Lenin, con hipocresía revolucionaria. Aceptaremos la absurda ley burguesa, de la misma forma que aceptamos la explotación capitalista, impuesta por la fuerza; pero hay muchos medios de sustraerse a las leyes burguesas. Y no debemos tener inconveniente en decir a nuestros enemigos que aceptaremos la legalidad en lo que nos convenga, aunque actuemos ilegalmente en todo aquello que la legalidad nos perjudique. Si la nueva ley se aplica será porque el proletariado habrá perdido la batalla. Pero eso no debe atemorizarnos, ya que las armas de lucha del proletariado revolucionario se forjan tanto en las victorias como en las derrotas, y éstas suelen ser, a veces, mucho más instructivas que aquéllas.

Contra todo y contra todos, el proletariado español debe ponerse en pie para defender la C. N. T. contra los enemigos y contra los amigos que no saben defenderla.

HENRI LACROIX.

Ante el XVII Congreso Nacional de la U. G. T.

Hemos querido, leyendo la Memoria y orden del día para el próximo Congreso de la U. G. T., que comenzará en Madrid el 14 de octubre, comparar la posición que los sindicatos socialdemócratas españoles ocupan en el movimiento obrero en la actualidad, encontrar un caso similiar en la historia del movimiento sindical mundial, aunque sólo fuese por curiosidad de examinar la gran evolución operada en la orientación de dicha organización, y no hemos logrado encontrar un caso igual. Cierto que la U. G. T. está situada a la derecha de la Federación Sindical Internacional (Sindical de Amsterdam), pero no lo es menos que el orden del día del Congreso no es ya siquiera el que corrientemente figura en las reuniones de los sindicatos reformistas de otros países, sino el de un organismo totalmente integrado al Estado capitalista, lo que pudiera llamarse (y creemos que la expresión no ha de molestar a los dirigentes de la U. G. T.) «organismo al margen de las clases».

La Memoria y el orden del día para el próximo Congreso (el XVII) de la U. G. T. no es ya el de una organización obrera revolucionaria ni el de una organización de clase, sino más bien el de un organismo del Estado burgués español. La Memoria es del corte de las de cualquier casa comercial, en la que se habla del Haber y el Debe, de negocios más o menos productivos. El orden del día es magnífico y merece su publicación íntegra y un pequeño comentario. Veámoslo: 1.º Trabajos preparatorios. 2.º Constitución del Congreso. 3.º Examen de la gestión del Comité Nacional. 4.º Idem de la gestión de los delegados en Conferencias y Congresos internacionales. 5.º Idem de los vocales en el Consejo del Trabajo, Comisión interina de Corporaciones y demás Cuerpos consultivos. 6.º Proposiciones de la Comisión Ejecutiva, del Comité Nacional y de las secciones: *a*) Reforma de los Estatutos; *b*) Orientación sindical; *c*) Educación general y educación del militante; *d*) Seguros sociales; *e*) Plan de obras públicas; *f*) Reorganización de los transportes; *g*) Política financiera; *h*) Industria y Comercio; *i*) Administración pública; *j*) Economía agraria; *k*) Industrias pesqueras y transportes marítimos; *l*) Paro forzoso. 7.º Proposiciones de carácter urgente. 8.º Designación de localidad en que haya de residir el Comité Nacional. 9.º Nombramiento de la Comisión Ejecutiva.

Solamente de una forma accidental, a través de las proposiciones de alguna sección inquieta, se habla de los grandes problemas que actualmente tiene planteados el proletariado mundial. El problema de la guerra, el del fascismo, la situación internacional, nada de eso preocupa, según parece, a la U. G. T. La nueva ley de Asociaciones, la ley de Orden Público, la represión antiobrera y tantísimos otros problemas de orden interno de la organización (nueva estructuración sindical, Comités de fábrica—aceptados por los Sindicatos alemanes y checoslovacos, de la Federación de Amsterdam—, Federaciones de industria, etc.), son olvidados en el orden del día y la Memoria para el Congreso. Hay una carta, firmada por D. Wenceslao Carrillo, en la que se «aclara» lo que es la unidad sindical y se combate el punto de vista de quienes siempre han luchado por esa misma unidad. Ni una palabra más sobre problema tan importantísimo y que tanto apasiona al proletariado español e internacional. Lo más curioso es ver cómo en la U. G. T. se ven algunos problemas, entre ellos, el de la racionalización de la producción. Solamente se dedica en la Memoria, que consta de 134 páginas, diez líneas de una columna al problema, para preconizar la idea de reducir o casi suprimir la maquinaria (refiriéndose al ramo de la madera) allí donde existen obreros parados del gremio. Como puede verse, la solución no puede ser más retardataria ni menos clasista.

Cinco líneas sobre lo que titulan «cultura obrera» ocupa en la Memoria la cuestión. Y toda esa «cultura obrera», expresada tan altisonantemente, consiste en una proposición del Sindicato Minero de La Arboleda, que dice: «Para que a la mayor brevedad sea un hecho la adquisición de una rotativa para *El Socialista*, que todas las secciones de la Unión contribuyan de sus cajas con la cantidad de una peseta por socio, por una sola vez, para este objeto.» Claro que la proposición no tiene nada de cultural; pero, en nombre de la cultura, va a realizarse un saqueo en las cajas de las organizaciones obreras para dotar de rotativa al periódico donde se anuncian el Banco Urquijo y otras grandes Empresas capitalistas y desde el que se combate a centenares de afiliados a la misma U. G. T. En esto, los Sindicatos reformistas españoles son dignos hermanos de los alemanes, por ejemplo; muy generosos cuando se trata de ayudar a la Prensa socialista, y, en cambio, cuando hay que prestar la solidaridad a camaradas en lucha con el enemigo de clase, como durante la huelga minera inglesa del año 1926, se hace un préstamo a los mineros ingleses—fíjarse bien, ¡un préstamo!—al 4 por 100 de interés, aun tratándose de obreros pertenecientes a la misma Internacional Sindical.

La U. G. T. de España, en cuanto a espíritu clasista se refiere, bate el *record* del reformismo tradeunionista de los primeros tiempos del movimiento obrero inglés. La teoría del tradeunionismo consistía en luchar por mejorar la situación de la clase obrera dentro del régimen capitalista; pero no excluía la necesidad de la lucha de clases, sino que la admitía y preconizaba, como método de lucha para conseguir su objetivo. Interesa mucho citar el ejemplo del tradeunionismo, porque ha sido la U. G. T. de España, en sus buenos tiempos de acción clasista, una de las organizaciones que más han luchado contra esa teoría exigua dentro de la Internacional Sindical, por considerar que el proletariado tenía intereses que defender muy superiores a su mejoramiento moral y material en el seno del régimen capitalista. El tradeunionismo reconocía la necesidad de la lucha de clases, era entonces una orientación clasista en el movimiento obrero. Y la U. G. T. ya no se parece siquiera al tradeunionismo; ya no es una organización de lucha de clases que aspira a algo más que aspiraba el tradeunionismo, ya no menciona para nada la emancipación total del proletariado como clase. Ahora trata en sus Congresos de dar solución a los problemas que se plantean al régimen capitalista, no ya sólo en un espíritu de cordialidad y colaboración con el capitalismo español «republicano»—y esto es necesario tenerlo muy en cuenta, puesto que es una característica muy especial del socialreformismo español, sin que esto quiera decir que los reformistas de otros países sean más revolucionarios que los de aquí. Pero hay algo muy importante que interesa resaltar, y es que mientras los socialdemócratas alemanes se cuidan mucho de la *colaboración*, los nuestros llegan a considerar la cosa pública, capitalista, dentro de la República, como cosa propia. Hay un caso individual

análogo en la historia del movimiento obrero mundial, en el que puede compararse al de nuestros socialdemócratas. Es el de J. H. Thomas, el líder de los ferroviarios ingleses. También Thomas, cuando llegó a ser ministro, consideró que existían unos «intereses generales que defender», por encima de las clases. Y llegó a olvidar los intereses de la clase obrera para defender los «generales» del capitalismo.

Cuando una organización obrera posee vitalidad y criterio propio, el orden del día de sus reuniones, elaborado por los organismos dirigentes, puede ser modificado en el curso de las discusiones. No hay que esperar eso del Congreso de la U. G. T., no porque la base carezca por completo de sensibilidad clasista, pues en la Memoria hay algunas, aunque tímidas, censuras a la dirección, sino porque los elementos reaccionarios han dominado por completo a las fuerzas revolucionarias y clasistas de la central reformista. Y, sin embargo, entre cerca de un millón de afiliados de la U. G. T. hay muchísimos obreros, honrados y disgustados de la conducta de sus jefes, que numéricamente son los más y esperan que del próximo Congreso salga un cambio de orientación de la U. G. T. Esos obreros honrados, dignos de mejores dirigentes, no han comprendido aún, porque nadie se lo ha enseñado, ni les ha orientado, su debilidad ante la hábil demagogia de sus jefes. De la U. G. T. han sido excluídos poco a poco todos aquellos elementos capaces de servir de orientación a una gran cantidad de elementos descontentos de la política de los jefes que existen en su seno. Por eso, ahora, ese gran descontento se estrellará contra la hábil maniobra de los jefes. Y el Congreso no marcará nuevas orientaciones; la Memoria y el orden del día son el sello impreso al Congreso, que no hará más que ratificar acuerdos anteriores, haciendo que la U. G. T. continúe entregada por entero a la labor nefasta para el proletariado que realizan los organismos del Estado burgués, mordaza de la lucha de clases y del proletariado.

Numerosas Delegaciones vendrán al Congreso a votar contra la dirección y su política antiobrera. Que serán ahogadas, no cabe la menor duda, y lo serán antes si alguien no viene en su ayuda. Después, la lucha para la oposición será mucho más difícil, puesto que el Congreso hará una reforma de Estatutos tendente a ahogar la voz de todo elemento que discrepe de la política de los dirigentes. Los comunistas tenemos una inmensa tarea que realizar, orientando a la oposición. El P. C. debe hacer un llamamiento, dar una orientación a esa oposición, que, de no ser así, se encontrará desarmada y desorientada ante la demagogia de los jefes. Hay que luchar en la U. G. T. por la defensa del principio de lucha de clases, hacer que las masas comprendan la traición de los jefes. Tarea difícil, desde luego, pero no imposible, si tenemos en cuenta la composición social de la U. G. T., en la que dominan los elementos que constituyen la aristocracia de la clase obrera. Hay que preparar el Congreso, haciendo llamamientos a la base, con la Prensa y con manifiestos. Después del Congreso, la U. G. T. será casi inabordable e inadherible para la acción revolucionaria del proletariado.

FERNANDO SALVATIERRA.

Ante el segundo Plan quinquenal

Este año es el cuarto y último del Plan quinquenal. No faltan más que unos meses para que el Plan termine y ya se puede, y se debe, hacer un balance de sus resultados. Después de todo, en el Plan se han puesto las mayores y más absurdas esperanzas. Se ha hecho creer que a su terminación Rusia se colocaría a la «cabeza de nuestras naciones europeas y en franca competencia con los Estados Unidos. El baluarte del comunismo contra la última fortaleza del capitalismo... Colocada así, la Unión Soviética destruirá las economías capitalistas por su comercio sin competencia; apresurará en los demás países la crisis, contribuyendo al hundimiento final del régimen capitalista... Todo depende del Plan quinquenal, y este Plan de cinco años se realizará en cuatro años».

Tomemos esta cita del prólogo a la edición española del discurso pronunciado por Stalín en 1930, cuando el XVI Congreso del Partido Comunista ruso. Cualquier escrito stalinista y éste que citamos, por ejemplo, revela las ilusiones que sobre el Plan quinquenal se hacían. Se llegó a identificar el Plan con el triunfo del socialismo; se hablaba de la liquidación de las clases, de la «colectivización integral» al terminar el Plan; se ponían en circulación toda clase de exageraciones sobre el Plan quinquenal, con verdadero éxito. El Plan quinquenal se convirtió en un ídolo inmenso, cuya sugestión alcanzaba a todo el mundo. Ante él se sentían turbadas aun aquellas personas que, con mayor conocimiento que los adoradores, no podían hacerse sobre el Plan quinquenal las ilusiones oficiales. Para hablar en un tono crítico del Plan había que pedir toda una serie de perdones; eran menester gran cantidad de explicaciones previas si se quería vencer el recelo del interlocutor, siempre dispuesto a pensar si bajo la forma de un crítico no tendría ante sí a un repugnante renegado. Ante el Plan había que adoptar una actitud irracional, de elogios incondicionales y sin reservas.

Hoy, sin embargo, en el año en que el Plan quinquenal finaliza, la turbación parece notarse en los antiguos admiradores. Aunque no se han abandonado resueltamente ninguno de los tópicos que sobre el Plan quinquenal circularon, es decir, que todavía se habla del Plan como de un ídolo, se observa, no obstante, una especie de perplejidad al ver que la realidad no responde ni con mucho a lo prometido. En consonancia con el nuevo estado de cosas, también los propagandistas oficiales, que antes nos abrumaban con sus propagandas ensordecedoras, han bajado ahora los tonos y, quizá incons-

NOTA.—Para que no tomara este artículo proporciones excesivas hemos excluído de él todo lo que se refiere a la política agraria de la U. R. S. S., cuestión que prometemos tratar en un artículo siguiente. Tampoco hemos querido abusar de las cifras, que harían la lectura pesada y contribuirían a que el lector perdiese la idea del conjunto. Pero los rasgos que destacamos en el Plan quinquenal se corresponden con la realidad, y estamos seguros de no haber incurrido en exageración. Todo el que ahonde un poco en el tema tendrá que reconocer como válidas nuestras afirmaciones.

cientemente, van poniéndole sordina a su entusiasmo. No se ha hecho ningún balance del Plan oficialmente, ninguna comparación sería entre lo prometido y lo conseguido; se dejan seguir flotando todas las ilusiones; pero lo que sí se nota es que las ilusiones poco a poco se disipan, que bajan los tonos de la propaganda, se moderan las palabras—si antes se decía «triunfo del socialismo» hoy se dice «triunfo de los fundamentos del socialismo», etc., etc.—y se nota, en fin, que en el año 1932 no se puede seguir hablando del Plan quinquenal en el tono y en los términos que se ha venido haciendo hasta hace menos de un año.

La burocracia stalinista logró con el Plan quinquenal producir una especie de sugestión colectiva que alcanzaba a amigos y adversarios. No deja de ser sorprendente—hoy parece increíble—que las ilusiones sobre el Plan quinquenal arraigasen también en los medios marxistas, aunque no se necesita una gran cultura de este género para comprender que la mayoría de los tópicos oficiales eran monstruosos desatinos. Decir, por ejemplo, que en cuatro años se va a edificar una sociedad socialista—en cuatro o en diez, lo mismo da—es reducir al ridículo la doctrina marxista. Pues, en primer lugar, no pueden establecerse fechas en una cuestión que en todo momento depende de como se encadenen los acontecimientos mundiales. Pero aun no comprendiendo esto, es grotesco dar la fecha de cuatro o cinco años. Sin embargo, todos estos tópicos intolerables se han puesto en circulación con motivo del Plan quinquenal y han logrado intimidar a gente que sabe lo que es el marxismo.

Sobre el Plan quinquenal no cabía hacerse las ilusiones que oficialmente se propagaban. No cabe, por consiguiente, decepcionarse demasiado al ver sus resultados. Claro está que estos resultados hubieran sido muy otros de no haber sacado de quicio las posibilidades del Plan. Pero no cabe decepcionarse porque no se haya alcanzado el paraíso prometido, pues todas aquellas promesas gratuitas carecían de base real. Lo grave—y aquí se centra nuestra crítica—es que la situación interior de la U. R. S. S. al terminar el Plan quinquenal sería infinitamente mejor de no haberse propuesto objetivos absurdos y que no era posible alcanzar. Con ello se produjo un grave desorden en toda la marcha del Plan y se malograron sus mejores posibilidades. El Plan quinquenal no podía significar más, ni podía pretender más, que la elevación del nivel económico del país de los Soviets sobre bases socialistas, con el mejoramiento consiguiente de las condiciones de vida de la población. De un modo algo más concreto: esto significaba orientarse en el sentido de la industrialización del país con objeto de poder dar mayor satisfacción a las necesidades interiores y de reforzar las posiciones del proletariado, vanguardia de la revolución, aumentando su número y mejorando sus condiciones de vida. En el campo se trataba de ir suprimiendo—sin abrigar la pretensión de liquidar la cuestión en dos o cuatro años—las explotaciones agrícolas individuales—resultado de la revolución agraria—; de ir mermando la influencia creciente del campesino enriquecido con la revolución por medio de la colectivización del campo; pero sin rebasar nunca las posibilidades del país para suministrar maquinaria y los medios necesarios para la explotación colectiva de la tierra, ni ejercer tampoco demasiada presión administrativa sobre el campesino, procurando que se orientase espontáneamente en el sentido de la colectivización. Pero esta orientación política general—industrializadora y colectivista—no cabía interpretarla como si en Rusia, y en el plazo de unos años, se fuese a edificar el socialismo integral, o como si en ese plazo de tiempo se fuera a poner

Rusia a la cabeza de los países capitalistas de Europa y en «franca competencia con los Estados Unidos». Si ese resultado no se ha obtenido no fué porque hubiera ocurrido ningún percance inesperado, sino porque era materialmente imposible. Con el Plan quinquenal no se podía pretender más que darle la orientación lógica a un Estado proletario: ampliar las posiciones socialistas y reforzar las posiciones del proletariado dentro del país.

El complejo estado social que resultó de la revolución no podía suprimirse a breve plazo. La tierra parcelada a consecuencia de la revolución agraria, y todas las concesiones de orden burgués que hubo de hacer el Estado proletario han sido consecuencia obligada del estado anterior del país, y no existen las condiciones subjetivas en las masas ni las condiciones técnicas que permitan suprimir este género de relaciones. La obligación del Estado proletario es ir desarrollando constantemente la influencia del sector socialista sobre el privado, pero a sabiendas de que no puede salirse inmediatamente de este marco social. El Plan quinquenal debía ser un paso muy importante en este sentido. Una vez conseguido que se aceptase la orientación política general a que respondía el Plan, todo el problema se trasladaba a un terreno técnico. Es decir, si se convenía en reconocer que la política soviética debía orientarse en el sentido de la industrialización y de la colectivización, lo que luego se planteaba era la cuestión de saber hasta dónde se podría llegar en ese sentido dentro de los recursos de que disponía el país.

En la historia del Plan quinquenal existen las dos etapas que acabamos de señalar. Hay una etapa de lucha para que el Partido Comunista se oriente hacia la industrialización. Desde 1923 hasta 1929 la Oposición de Izquierda vino luchando con las tendencias dirigentes para conseguirlo. Cuando, al fin, el Partido Comunista se orienta en este sentido, sigue la lucha de la Oposición de Izquierda al ver las excesivas pretensiones del Plan quinquenal y cómo se adulteraba su significación. Se identifica el triunfo del Plan quinquenal con el triunfo del socialismo; se empieza a caminar a marchas forzadas sin tener en cuenta las posibilidades materiales, y se crean así las condiciones de la crisis actual de la economía soviética.

Hubo tres Planes quinquenales. El primero se elabora en 1926, y en él se establece que la industria soviética debía desarrollarse a ritmos cada vez menores; empezaría creciendo en un 9 por 100 anual e iría descendiendo hasta el 4 por 100. La Oposición de Izquierda venía sosteniendo desde 1923—apoyándose en cálculos rigurosamente hechos—que la industria soviética podía experimentar un crecimiento de un 20 por 100 anual. Por ello se le acusa de «romanticismo superindustrialista» y de «fanatismo», juicio que, naturalmente, aceptan todas las personas distraídas y amenas que, aun militando a veces en él, no tienen ni noción de los problemas del comunismo, pero que fingen grandes conocimientos en la materia. En 1927 se elabora otro Plan quinquenal, que establece un 9 por 100 como cifra de crecimiento industrial. La Oposición también lo combate. A principios de 1928 viene la liquidación oficial de la Oposición, la prohibición de exponer sus ideas, las persecuciones y su paso a la ilegalidad. Se entra en el primer año del Plan (1928-29), y en lugar del 9 por 100 fijado se obtiene un 10 por 100 más, casi la cifra que señalaba la Oposición. En esta fecha empieza un verdadero delirio industrializador, que rebasa con mucho las exigencias de la Oposición de Izquierda: se establece que la industria debe experimentar un crecimiento anual de un 30 por 100 y se acuerda también la terminación del Plan quinquenal en cuatro años.

Al efectuarse el viraje a la izquierda sucedió un fenómeno curioso en la lucha de fracciones. La Oposición, que había caído principalmente por su posición industrializadora, se encuentra de pronto situada a la derecha: la nueva política del partido casi doblaba las pretensiones de la Oposición. Como el programa de la Oposición no era un engendro caprichoso, sino que se basaba en un cálculo de las posibilidades del país, hubo de combatir al ultraizquierdismo oficial, considerándolo como una aventura. Se consideró esto como gana de hacer una oposición sistemática. Si la Oposición reclamaba la industrialización y la política oficial se orientaba hacia ella, ¿por qué combatir la industrialización? ¡Gana de hacer obstrucción!—era la respuesta. Se conoce que del mismo modo pensaron un cierto número de oposicionistas, entre los que se distinguían Zinoviev, Kamenev, Radek, y por no seguir haciendo obstrucción aprovecharon la ocasión ésta para no sufrir más persecuciones y reconciliarse con la dirección del partido.

Con la nueva orientación económica en favor de los ritmos elevados empezó el delirio quinquenal: empezaron las propagandas, conocidas de todos, sobre si Rusia iba a ponerse a la altura de Norteamérica al terminar el Plan, y sobre el Plan podían difundirse toda clase de exageraciones, aun las más gratuitas y arbitrarias. Pero la cuestión que la Izquierda Comunista planteaba era la de saber cómo y por qué medios podría Rusia lanzarse a una industrialización tan apresurada. De haber empezado la industrialización en 1923, cuando la Oposición empezó a reclamarla, Rusia podría haber alcanzado en 1932 un nivel industrial muy elevado. Pero el intento de querer recuperar en cuatro años el tiempo perdido en los seis años anteriores tenía forzosamente que llevar al país a una crisis económica profunda.

En un estudio sobre el Plan quinquenal publicado por el oposicionista Rakovsky con motivo del XVI Congreso del Partido Comunista (junio de 1930) se hace una crítica concretísima de los resultados del Plan, se registran ya las consecuencias de la nueva orientación política del Partido y se anuncia que, de no efectuar un retroceso, todos los males se agravarían, como así sucedió, en efecto. En el mismo Congreso, Stalin pronunciaba uno de los discursos más optimistas que quepa imaginar. Según este discurso, todo iba de lo mejor. Se «alcanzaban y rebasaban» todos los objetivos del Plan, y allí estaba un montón de cifras para probar los éxitos y el crecimiento de la producción. Este crecimiento existía, y casi en la cantidad prevista por el Plan. Pero este hecho había que enjuiciarlo en relación con toda otra serie de factores, a los que Stalin no se refería, limitándose únicamente a señalar el crecimiento de la cantidad. Rakovsky demuestra hasta qué punto todo aquel crecimiento era artificial. La mitad de este crecimiento se había conseguido gracias a la utilización más intensa de la antigua base técnica, mediante el establecimiento de la jornada continua de trabajo. Pero el recurso entrañaba una serie de peligros que se han ido convirtiendo en realidades en el curso del desenvolvimiento del Plan quinquenal. «Este método —decía Rakovsky—puede tener sentido, y sólo desde el punto de vista económico, cuando no es empleado más que por un corto período, y si paralelamente existe la posibilidad de crear en un lapso de tiempo también corto la base material de un capital fundamental ampliado.» Esta posibilidad—la de renovar la base técnica colocándola en un nivel más elevado, de modo que se pudiera obtener mayor rendimiento sin sacrificar más al obrero—no existía en la medida que lo requería el Plan. Si bien, claro está, el crecimiento de la producción

se obtenía en parte sobre la vieja base técnica y, en parte, sobre la técnica que se iba creando, lo importante es que el mantenimiento del nivel de producción que señalaba el Plan dependería en una medida decisiva de la utilización más intensa de la vieja base industrial. Esto ya constituía de por sí la prueba de que el Plan era excesivo y llevaba en sí mismo las condiciones de la crisis. La utilización intensiva de los recursos técnicos tiene sus límites, más allá de los cuales no es posible pasar. Llegado un cierto momento empiezan los desperfectos y el rendimiento desciende. El Plan estaría orgánicamente calculado si el crecimiento, cada año mayor, de la producción pudiera mantenerse renovando la base industrial, y no dependiendo en la medida en que dependía—y sin poder librarse de esta dependencia—de la utilización intensiva de los viejos recursos técnicos.

Se comprenderá fácilmente, vista esta situación, que las exigencias crecientes del Plan, tan desproporcionadas a los recursos del país, tenían que hacerse a expensas de una explotación creciente de la clase obrera. Es evidente que ni los directores del Plan, ni—excusado decirlo—los obreros, podían suponer que el Plan había de pesar sobre las condiciones de vida lo que ha llegado a pesar en realidad. El obrero pensaría que, aun viviendo en condiciones malas, la marcha progresiva del Plan iría acompañado de un mejoramiento sensible de su estado. Los dirigentes—aunque es posible que no se hiciesen a este respecto tantas ilusiones como los obreros—también creían que el Plan se desenvolvería paralelamente a un mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado. Sin embargo, bien miradas las proporciones del Plan y de qué factores dependía, es forzoso que cada año hubiera que cargar más la mano sobre las condiciones de vida del proletariado. Si las necesidades del Plan crecían anualmente y la base técnica—vieja y nueva—no bastaba a cubrir los ritmos de producción, forzosamente había que buscar cada año el modo de obtener más rendimiento por obrero. (Esto por lo que a las condiciones de trabajo se refiere, que, por otra parte, las necesidades financieras del Plan han obligado a una continua sangría: impuestos, suscripciones «voluntarias», etc.) El stalinismo no ha podido librarse de esta fatalidad. Cada año ha tenido que ir más adelante en este sentido. El año pasado, en julio de 1931, pronunció Stalin aquel sensacional discurso ante los directores de la industria, en que establecía nuevas diferenciaciones de salarios, generalizaba el destajo y tomaba toda una serie de medidas con vistas a velar por el mejoramiento de la calidad de la producción, con las cuales se venía a reclamar todavía más esfuerzos de la clase obrera.

Para el aumento de la cantidad de la producción en las proporciones que lo exigía el Plan, ha habido, pues, que utilizar a pleno rendimiento los recursos técnicos del país, lo cual ha venido provocando constantes desarreglos en el conjunto por la imposibilidad de renovar la base técnica en la medida de las exigencias del Plan. Por la tensión extrema a que ha habido que someter las fuerzas productivas no se ha podido evitar que cada año empeorasen las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera.

La crisis mundial ha tenido una influencia decisiva en la crisis económica de la Unión Soviética. Se entra en los ritmos fantásticos del Plan quinquenal existiendo las condiciones más desfavorables en el mercado mundial. La baja de precios en el mercado mundial y la competencia desesperada que se viene librando ha obligado a la U. R. S. S. a exportar mucho más de lo previsto para obtener las sumas que había calculado que obtendría por exportaciones. Tal es el

origen del *dumping* soviético, que muchos nos han querido pintar como un comienzo de la guerra económica, por medio de la cual la U. R. S. S. se proponía hundir el mundo capitalista. ¡Pura fantasía! Ni el papel que juega la U. R. S. S. en el mercado mundial le permite tener la pretensión de hundir por competencia el mundo capitalista—los trastornos que pueda causar con aquellos productos de los que tiene una cifra elevada de exportación no bastan para provocar una *debâcle* económica—, ni el mercado interior ruso está saturado de productos—es el único que no lo está—para que el *dumping* se hiciera con intención directamente revolucionaria. El *dumping* era el recurso desesperado—como los que se observan constantemente en la vida comercial—de que había que valerse para hacer frente a las necesidades del Plan. En el año 1930-31 ha exportado la U. R. S. S. veintitrés veces más trigo que en el año 1929-30 y sólo cobrado siete veces más; las exportaciones de madera han aumentado en un 53 por 100, y el valor sólo el 30 por 100; aumentó la exportación de productos petrolíferos en un 25 por 100, y sólo en un 17 por 100 el valor. Estas cifras, que se refieren a la exportación de los productos fundamentales del país, no dejan lugar a duda sobre los medios a que había que apelar para mantener los exagerados ritmos del Plan en las condiciones de la crisis económica mundial.

Pero a pesar de la utilización extremada de todos los recursos para aumentar la cantidad de la producción en las proporciones que el Plan se proponía, puede decirse que desde que se impusieron los ritmos elevados (1929-30) no se han alcanzado nunca los objetivos previstos. Por los resultados obtenidos en el año 1929-30 vemos que si bien se han alcanzado las cifras previstas, ello se ha conseguido a expensas de una disminución enorme de la calidad de la producción. Este es un hecho por todos reconocido. Stalin ha hablado más de una vez de la «pésima calidad de nuestra producción»; Rakovsky, en el estudio que ya hemos citado, dice: «Si se tienen en cuenta la calidad de los productos, las cifras referentes a la cantidad no son más que una ficción estadística.» El mismo Rakovsky cita opiniones sobre esta cuestión de algunos dirigentes soviéticos: «Las cifras concernientes al aumento enorme de la industria se convierten en cifras relativas si se tiene en cuenta la calidad», dice uno. «Nuestras adquisiciones relativas a la cantidad no valen un céntimo», dice otro. Las conquistas en el terreno de la cantidad quedan, en efecto, enormemente mermadas al tener en cuenta la calidad de la producción. Aunque no por ello vamos a negar el crecimiento, y en gran escala, de la cantidad de la producción, las cifras que en este aspecto se dan disminuyen su significación al tener en cuenta el otro factor. Esta disminución de la calidad era consecuencia de la cadencia forzada a que estaban sometidas la base técnica y la clase obrera.

En uno de tantos folletos que la burocracia oficial ha publicado como propaganda se lee: «Un hermoso domingo la pequeña ciudad industrial de Iver se pone en traje de fiesta. Todas las casas se hallan empavesadas de rojo. Diez mil obreros desfilan en medio de un entusiasmo de lucha, llevando consigo un verdadero bosque de banderas rojas y de carteles transparentes. ¿Qué ocurre? Observemos los carteles: «¡Disminuiremos el precio de coste de la producción en un 17 por 100! ¡Viva el aumento de la productividad del trabajo! ¡Sobrepasaremos el plan financiero previsto en la producción!»

Este método del *récord* o de las regatas en la producción fué extraordinariamente prodigado durante el Plan quinquenal. El método es el más apropiado para provocar el entusiasmo de esa especie de pájaros bobos que se llaman «amigos de la Unión Soviética» o para

alegrarle la musa a un poeta proletario. Pero como método de producción es absurdo. Con estos métodos sólo se conseguía deteriorar la calidad de la producción.

El año 1929-30 fué cuando más se aproximó la producción a las cifras previstas por el Plan. En el año siguiente las cifras de cantidad empiezan a descender en la industria pesada, el punto fundamental del Plan. Las causas están enumeradas en este artículo: todos los recursos estaban utilizados en las máximas proporciones. Se intentaría cubrir los fallos que se observasen en la base técnica apurando más a la clase obrera; pero todo esto tenía que verificarse dentro de una línea general descendente. Rakovsky dice en su trabajo, escrito en 1930: «El problema del aumento ulterior de las cifras de cantidad y el mantenimiento de las cifras ya obtenidas se concentra directamente en la cuestión de la creación de una nueva base técnica material de la industria.» Por otra parte, ya hemos dicho que esta nueva base no era posible crearla en la medida que lo exigían los ritmos de desarrollo del Plan. Es decir, que venimos al punto de partida de la Oposición: para que haya un mejoramiento sensible de la clase obrera en el curso del Plan es menester que el aumento progresivo de la producción pueda efectuarse por el paso de la industria a un nivel técnico más elevado, esto es, moderando las proporciones del Plan. De no proceder así llegará un momento en que la producción empezará á descender inevitablemente, a la vez que con objeto de evitar o atenuar la caída se acentúa la presión sobre el proletariado.

No es, por lo tanto, extraño, sino que es perfectamente natural, que en el año 1931 Stalin nos anuncie que «se ha pasado a la semana continua sin existir las condiciones apropiadas, que si bien es cierto que hay ramas de la producción en las que el Plan se realiza con éxito, en otras no se obtiene más que en un 6,10 por 100 con relación al período correspondiente del año anterior.» Como es natural, si se quería seguir a la misma marcha había que apoyarse en el trabajo a destajo en proporciones increíbles. Cuando Stalin recurrió el año pasado a la generalización del destajo como a una tabla de salvación lo hacía porque el destajo le daba la posibilidad de estimular la producción y, por otra parte, de vigilar la calidad mediante una retribución menor del trabajo mal hecho, o rechazando el trabajo cuando ello fuera posible.

¿Qué será el segundo Plan quinquenal? La respuesta burocrática oficial consiste, como puede suponerse, en dejar para el segundo Plan quinquenal lo que antes nos decían que había de conseguirse con el primero: «La principal tarea política—se dice oficialmente—del segundo Plan quinquenal es liquidar definitivamente los elementos capitalistas y las clases en general; es suprimir totalmente las causas que engendran las distinciones de clases y la explotación; hacer desaparecer las supervivencias del capitalismo en la economía y en la conciencia de los hombres. El segundo Plan quinquenal suprimirá el retraso económico y cultural legado a las minorías nacionales por el régimen colonial-capitalista del zarismo. Suprimirá en sus líneas generales el antagonismo entre la ciudad y el campo. Hará de la U. R. S. S. el país más avanzado de Europa desde el punto de vista técnico, permitiéndole alcanzar, desde el punto de vista técnico y económico, a los países más avanzados en una serie de ramas de la economía.» La cita es larga y ha de perdonarnos por ello el lector. Pero conviene ver bien cómo se repiten con motivo del segundo Plan quinquenal los tópicos que antes se decían con respecto al primero. Nosotros, como marxistas, sabemos, sin embargo, que lo que con res-

pecto al segundo Plan se dice no son más que desatinos. Pero los desatinos resultan particularmente indignantes cuando sabemos también—en este artículo hemos procurado demostrarlo—que el segundo Plan quinquenal tiene que significar un retroceso o, mejor dicho, una moderación de los ritmos de crecimiento—porque no puede llamarse retroceso en todo el frente del Plan. Esta moderación de la cadencia tiene que efectuarse—quiéralo o no la burocracia—, porque no se puede obtener más rendimiento de las fuerzas del país, sino que el descenso se inicia en una porción de ramas, lo cual produce un desequilibrio enorme en el conjunto del Plan—que ya nunca fué muy equilibrado. Por otra parte, no es posible exigir más de la clase obrera, ni mantenerla en el estado actual. El retroceso tiene que efectuarse, y ya ha comenzado. Lo malo es que si la dirección lo hace a regañadientes y va cediendo terreno en la medida en que no tiene más remedio, las fuerzas—y ante todo la fuerza obrera—seguirán sometidas a la tensión insoportable de hoy. De todos modos llegará un momento en que no se pueda aplazar un viraje radical.

Esto también hay que temerlo si lo hace el stalinismo, porque será una verdadera huída en desbandada. El stalinismo nos tiene acostumbrados a verlo saltar del ultraderechismo al ultraizquierdismo, lo mismo en las cuestiones interiores de la U. R. S. S. que en la Internacional, y hasta es frecuente que juegue con los dos naipes al mismo tiempo. En Rusia se está manteniendo toda la fraseología sobre el segundo Plan quinquenal al mismo tiempo que se está restableciendo el mercado libre a pasos agigantados. En la escala internacional vemos cómo en Alemania se niega a hacer el frente único con la «traidora socialdemocracia» para luchar contra el fascismo, y, en cambio, en la cuestión de la lucha contra la guerra, la Internacional se diluye en un Congreso pacifista convocado por unos cuantos escritores ilustres y no ilustres y traiciona así los principios fundamentales del comunismo, pues el comunismo se distinguió en la historia, y la revolución rusa se hizo rompiendo con el socialpatriotismo y el inútil pacifismo pequeñoburgués y transformando la guerra imperialista en guerra civil de clases.

El viraje en la política interior de la U. R. S. S. hay que hacerlo; pero lo que hay que evitar es que en lugar de ser una «ese» más entre las que viene haciendo el stalinismo sea un retroceso ordenado para la adaptación de los objetivos a las posibilidades reales de la U. R. S. S.

El resultado del primer Plan quinquenal es el siguiente: la riqueza nacional, el nivel de producción del país ha aumentado considerablemente. Pero las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera han empeorado. Claro está que esta riqueza no está en manos de ningún dueño, porque la burocracia no es dueña de la riqueza nacional. Es riqueza de la clase obrera, y cuya dirección tiene que arrancar de manos de una burocracia usurpadora para gobernarla y disfrutarla por medio de la democracia proletaria.

ENRIQUE FERNÁNDEZ.

CARTA DE LA UNION SOVIETICA

La característica principal de la situación actual reside, sobre todo, en el estado de espíritu del Partido; es una inquietud vaga que tiene sus raíces en la situación internacional, en los fenómenos económicos y en las disposiciones internas del Partido.

Durante los años precedentes, el centro de gravedad del Partido se había ido desplazando progresivamente hacia las altas esferas dirigentes. Pero a medida que se «inflaba» el Partido se iba restringiendo el número de los que detentaban la influencia sobre la vida del Estado. Desde hacía algunos años se venía obligando a los camaradas a no jurar más que sobre el «Comité Central leninista». Ahora, los jóvenes asalariados de la Juventud Comunista hablan con una sonrisa irónica del Comité Central, no del Comité Central en general, sino de los personajes precisos y de algunos grupitos del aparato.

Los dos primeros años del plan quinquenal han fortificado las cumbres del aparato y reforzado la autoridad personal de Stalin. Nuestros periódicos han publicado citas de la Prensa extranjera sobre los éxitos de la industrialización y sus organizadores. Esto, sin duda, ejercía una gran influencia sobre las masas. Se puede decir que esta ola alcanzó su punto culminante con motivo del proceso contra los mencheviques. Sería ingrato atribuir sólo a cobardía sus declaraciones y arrepentimiento. Los más honrados fueron influenciados por los éxitos de la industrialización y de la colectivización. Pero pasado este momento, la situación en el aprovisionamiento de productos alimenticios no ha hecho más que agravarse. La colectivización integral se efectúa siguiendo un proceso por demás contradictorio. Las grandes masas del campo fueron arrastradas a los kolkhoses bajo el mismo sentimiento que los parados cuando acuden a las «sopas populares». Con esta sola diferencia: que las sopas populares, en la sociedad capitalista, son confeccionadas con las sobras filantrópicas del provecho burgués, en tanto que la mayor parte de los kolkhoses destruyen el capital de base.

Hoy, los burócratas del Comisariado de Agricultura estiman (a puerta cerrada, desde luego) que solamente 10 por 100 de los kolkhoses están asegurados y que es inútil contar con los demás. Es muy posible que esto no pase de ser una exageración en sentido opuesto al acostumbrado optimismo: la burocracia, desilusionada, no tiene medida en el empleo de las cifras.

Pero es cierto que durante los dos o tres años de la utopía grandiosa de la «colectivización integral», la derrota sufrida ha sido colosal. Este hecho penetra cada día más en la conciencia del país y la va dominando por completo. Todas nuestras crisis y dificultades después de octubre de 1917 tienen siempre las mismas profundas raíces: ausencia de la *Smytchka* (1), es decir, falta de equilibrio entre la ciudad y el campo. Las oscilaciones en los problemas de la colectivización (los vértigos, los «remiendos», los nuevos vértigos) no eran otra cosa que el reflejo del quebrantamiento gigantesco de una masa campesina de cien millones de seres.

(1) Unión de la ciudad y del campo.

Aquí, la revolución ha penetrado hasta las raíces más profundas de la vida económica del pueblo. La burocracia ha hecho todo lo posible por dar a estos métodos, ya de por sí tan penosos, un aspecto todavía más mórbido. Sin ninguna duda, el campesino vive actualmente descontento. La masa campesina no sabe en qué sentido orientarse y siente, en su vida diaria, que también «arriba» se ignora en qué sentido es necesario encaminarse.

Me refiero, sobre todo, al período precedente al restablecimiento del mercado. La nueva reforma sobrevino de una manera inesperada. Las consecuencias pueden ser enormes. Todavía ahora es muy difícil hacer una apreciación. De todas partes surgen comentarios y suposiciones muy contradictorias. En cuanto a la dirección, carece de apreciación de conjunto, es decir, que no representa una dirección. Por lo que concierne al mercado ya hablaré de ello más tarde, puesto que se trata de un síntoma más bien que de un factor económico.

Las contradicciones en el campo y las contradicciones entre la ciudad y el campo hieren, como siempre, a los obreros, empeorando el estado del aprovisionamiento. Habréis notado la importancia que en la Prensa y en nuestra vida interior se concede a la «cuestión de los conejos». En el país se movilizó todo el Partido bajo la consigna de la cría de los conejos, y en las fábricas se dedicaron atenciones excepcionales a cuestión tan «esencial». Se puede conceder que en países como Bélgica y Alemania se dedique cierta atención a este problema de los conejos: pero es muy dudoso que aun en tales países, de gran población, se haga del conejo un verdadero «culto del Estado».

Centenares de directores de fábrica y de agrónomos experimentados ven con mala cara esta «conejería integral», considerando que semejante negocio puede tener un carácter nocivo para el desarrollo de la industria y de la economía general.

Es indudable que el restablecimiento de los hortelanos de fábrica y la creación de las «conejerías de fábrica» significan una tentativa de crear, al lado de la industria, su «propia» pequeña «economía agrícola», estrecha, pero segura. Con esto se acentúa evidentemente el antagonismo entre la ciudad y el campo. Pero nadie se atreve a hablar seriamente de esto en voz alta. Recordemos la forma con que Lenin abrió el período de revisión del comunismo de guerra: «*Es necesario declarar abiertamente que el campo, a consecuencia de las relaciones que se han establecido entre nosotros, está descontento.*»

Con frecuencia se trae todavía a la memoria esta frase, en los medios «íntimos», desde luego. Actualmente, en el comienzo del verano de 1932, no es de menos urgencia darse cuenta de la situación real que al principio de 1921. Pero aquí cada uno de nuestros pasos se ve obstaculizado por el régimen del Partido...

El estado del aprovisionamiento es extremadamente grave. No solamente en Crimea o en Kirguisia, sino también en Ucrania, en el Ural y en Siberia. La agravación de la desorganización de los medios de transporte está muy lejos de quedar atenuada por los «esfuerzos» de Andreev. De este burócrata precoz, ex «trotkista», que ha ocupado la plaza del viejo staliniano Rukimovich, se esperaban todos los milagros. Pero los milagros no han llegado.

Toda esta cuestión tiene su origen en la situación del aprovisionamiento de los obreros y de los empleados. Todos los retrasos, todas las rupturas, la falta de ejecución del Plan, la mala calidad, etc., en los transportes, en la industria pesada y ligera, han tenido siempre y por doquier la misma causa: la producción de los obreros es insuficiente e irregular. Cada vez que los objetos necesarios de uso personal faltan, se ve desarrollarse inevitablemente las maquinaciones, las

artimañas, las especulaciones, etc. Tal es la atmósfera que se respira en el seno de las cooperativas y del comercio del Estado.

En el Congreso de los Sindicatos sólo Molotov ha sostenido la tesis de que los éxitos del plan quinquenal se expresan por una mayor prosperidad de la clase obrera y de los trabajadores agrícolas. En general, Molotov pasa por un líder de «izquierda» de la burocracia staliniana. Según los rumores que corren, Molotov se opone, personalmente, a toda retirada o concesión en la cuestión de la colectivización y de la industrialización. Pero Rudzutak ha hablado en el mismo Congreso, en un tono completamente distinto: «¿Por qué, pues, el aprovisionamiento de los obreros se halla entre nosotros en tal estado? Porque no hemos prestado la debida atención al asunto. Estamos demasiado preocupados por las «construcciones gigantescas.»

En su carta sobre el plan quinquenal, Rakovski lanzó hace ya tiempo un grito de alarma, poniéndonos en guardia sobre el hecho posible de la quiebra del plan industrial, entrañando un grave peligro para todo el régimen si los «guías» no prestan en el porvenir más atención a las cuestiones del aprovisionamiento de la clase obrera. Pero ahora Rakovski está en Barnul y Rudzutak, desde Moscú, se ve obligado a reconocer que «la masa inmensa de consumidores, la masa de los obreros, los kolkhozianos, servidos por malas cooperativas de malas mercancías, *se encuentran en un estado de espíritu abominable*». En estas palabras de Rudzutak no existe, desde luego, ninguna exageración. La primavera pasada (aun en los lugares donde la situación es privilegiada) estallaron en Moscú descontentos en masa. Las causas: la elevación de los precios, la falta de mercancías, la elevación de la tasa de las acciones en las cooperativas, las contribuciones y, sobre todo, la escasez de productos alimenticios. Fué necesario movilizar tres mil agitadores para calmar a los obreros. Desde luego todas estas «equivocaciones» tenían, por el momento, un carácter familiar. La burguesía y sus agentes mencheviques, que fundaban sus esperanzas en tales traspiés, han sido, como podemos ver, chasqueados; pero la manifestación sintomática de estos descontentos es muy significativa. El mismo Rudzutak se ha visto obligado a hablar. La burocracia comprende los descontentos de la base y arroja el peso de sus inquietudes sobre Stalin. Si antes la burocracia «veía» en Stalin la fuente de todos los éxitos, todavía está más dispuesta hoy a ver en él la fuente de todos los fracasos y de todas las crisis. Entre el tono oficial hacia Stalin y las relaciones reales, la fosa se abre a medida que pasa el tiempo.

Schvernick, el comisario de Stalin en los sindicatos, dice en su discurso al Congreso: «Una de las garantías más esenciales de la victoria de nuestra línea general es que, a la cabeza de nuestro partido, se encuentra, inquebrantable, el más fiel y el más genial discípulo de Lenin, el guía reconocido de la clase obrera, el camarada Stalin.» La mayor parte de los delegados, al oír tales palabras, permanecieron inmóviles. Todos procuraban no mirar al vecino.

Ya nadie cree en el «genio» de Stalin. En el curso de los dos últimos años, hasta hace muy poco, muchos de estos mismos delegados juzgaban necesario mantener esta leyenda sobre el «genio» de Stalin. La burocracia esperaba así reforzar su autoridad ante la masa de los trabajadores. Ahora una sola cuerda, usada y burocrática, persiste, a la manera de Schvernick, para sostener un ídolo que a la vista de todo el mundo se derrumba. Pero la mayor parte de los burócratas, aun del Partido, se esfuerza por «hacer su reverencia» a la fracción staliniana, en el sentido estrecho de la palabra. Las formas de estas «despedidas» de Stalin tienen un carácter pasivo y de es-

pera. La burocracia media se adapta a la masa del Partido, por el procedimiento de no manifestar ningún entusiasmo por Stalin. Muchos episodios nos han sido contados a este respecto. Ninguno tiene en sí gran importancia, pero el conjunto constituye un cuadro edificante. Yo mismo he sido testigo de una «escena» semejante el 23 de febrero. Visitaba Stalin el Gran Teatro. Desde luego, tales visitas son preparadas de antemano, no solamente desde el punto de vista de la seguridad (lo cual es muy natural), sino también desde el punto de vista de la «recepción». En el curso de los últimos años, los aplausos del «grupo de iniciativa» (la claque) provocaban los de un número importante de burócratas. El 23 de febrero pude apreciar con mis propios ojos que la aparición de Stalin fué acogida con un silencio glacial. Sus mismos «iniciadores» (1), temiendo «fallar», no dieron la señal de los aplausos. Y lo que es característico, es que esto ocurre ya en todos los casos: asambleas, fiestas, conferencias, etc.

Durante los nombramientos del presidium de honor, cuando se dirigían los saludos colectivos, el nombre de Stalin era siempre el primero. Pero si hace dos años bastaba pronunciar el nombre de Stalin para desatar los aplausos (tanto más frenéticos, naturalmente, cuanto más burocrática fuera la composición de la sala), ahora, por el contrario, el nombre de Stalin a la cabeza de una lista no provoca el menor «entusiasmo». La causa de todo esto reside en la atmósfera del Partido y en su amarga experiencia. Antes, Stalin se calificaba a sí mismo de «maestro». Ahora, todas las cumbres del aparato y de los Soviets se persuaden más cada día de que es un «gran maestro para las pequeñas cosas». Yo no dudo que desde hace ya tres años los comunistas medianamente serios han comprendido muy bien que Stalin, no obstante acentuar la lucha contra la Oposición, procura agarrarse a la plataforma del ala izquierda, como el náufrago a una tabla de salvación. Pero esto pasa, en rigor, como un crimen de escasa importancia. «Un hombre que sabe salir de apuros»; así es como los burócratas calificaban a Stalin. Este calificativo no tardó en estar en boca de los obreros de fila. Sobre todas las críticas y falta de solvencia de las «teorías» de Stalin, el «staliniano» medio respondía: «Sí, quizá todo eso sea verdad, pero él siempre sale del embrollo; con él no se pierde nada.» Y los éxitos de la industrialización y de la colectivización servían de tapadera a todos los pecados.

El viraje brusco se ha desatado en el momento en que el aprovisionamiento de productos alimenticios se encontraba en una situación crítica. «No se puede bromear con el hambre», dice un proverbio ruso. Las fórmulas habituales no cuadran bien con las discusiones sobre la situación del problema alimenticio. En las células de Vuzov (2), que, como todo el mundo sabe, son las más «sólidas» (es decir, donde sólo se jura por el nombre de Stalin al final de cada frase), se cita un hecho nuevo, muy sintomático en el período actual: en la célula del Instituto Electrotécnico, durante la discusión sobre el estado del aprovisionamiento del país, una pequeña funcionaria ha tratado de suministrar una explicación: «La situación mejora.» Un estudiante respondió: «Tú eres como Stalin, no ves nada.»

Esta respuesta audaz obtuvo una acogida visiblemente favorable, no obstante la presencia de los miembros del buró de la célula, que se hicieron los «suecos». La expresión «volante» del «como Stalin, que no ve nada», ha dado rápidamente la vuelta a toda la ciudad. En la juventud universitaria la autoridad del «Stalin teórico» ha descendido extraordinariamente. Todo el mundo sabe con qué tenacidad y durante cuanto tiempo Stalin viene derrengándose por asegurarse una reputación de «teórico». Sus espoliques, del género de Milonov, ex teórico de la «oposición obrera», citaba ya a Stalin como uno de los «clásicos del marxismo», y Schvernick le contaba entre los «genios». Pero entre nuestros estudiantes y profesores rojos, a pesar de toda la corrupción acarreada por el régimen staliniano, existen algunas cabezas honradas, inteligentes, jóvenes, y, después de todo, son los estudiantes y las capas superiores de la clase obrera quienes determinan la opinión pública. El «famoso» discurso de Stalin le ha costado caro entre los agrónomos. La crítica de Trotsky ha hecho mella en muchos camaradas, y aunque indirectamente, el efecto se ha hecho sentir también, en parte, en las grandes masas. Y nosotros mismos, además, nos damos bien cuenta del valor de este «discurso». Entre nosotros, gran número de camaradas conocen suficientemente la obra teórica de Marx. A pesar de toda la publicidad de la Prensa, el escandaloso informe de Stalin (la *Pravda* ha llegado incluso a festejar en su día el aniversario de este informe como un acontecimiento histórico) fué apreciado en su justo valor; las más fuertes cabezas del aparato académico recuerdan este discurso con una sonrisa de irónica conmiseración; entre los medios avanzados de la juventud, el mencionado discurso se ha convertido en materia de chanzas y anécdotas festivas. Todo ello ha contribuído en gran manera a quebrantar la reputación política de Stalin, que en el curso del año último ha quedado reducida a la última expresión.

En la XVII Conferencia del Partido Stalin se ha abstenido de pronunciar la menor palabra. Su silencio ha producido una penosísima impresión, y, sobre todo, ha exasperado a todo el mundo. Se esperaba esta Conferencia con mucha impaciencia. Desde luego, nadie esperaba que la reunión de burócratas podría remediar nada; pero todos estaban creídos que en la Conferencia el «guía», silencioso durante tanto tiempo, diría algo sobre la situación actual. Durante el invierno yo he oído en Moscú y en una ciudad industrial de la provincia, donde me vi obligado a permanecer algunas semanas, conversaciones del tenor siguiente: «¿Qué piensa Stalin de la situación en Alemania, de la crisis mundial, de la situación internacional de la U. R. S. S.? ¿A qué es debido su silencio?», se preguntan unos a otros. «No estaría de más que dijera algo serio, a estilo de Ilitch.» A estas preguntas, los más «sólidos» responden como de costumbre: «Esperad, ya dirá algo. Ya sabéis que dentro de unas semanas se celebra la Conferencia del Partido.» En el Partido, en torno al Partido, todo el mundo estaba persuadido de que Stalin se negaba a hablar para pronunciarse en el Congreso. Una gran desilusión esperaba al Partido. Después de cada reunión de delegados y de invitados, a la extrañeza general se respondía: «Quién sabe; posiblemente hablará.»

Al final de la Conferencia los delegados, inquietos, empezaron a agitarse y a pedir «respetuosamente» al «guía» que diera su opinión, que dijera algo. Pero Stalin no dijo esta boca es mía. Esto ha servido para romper el encanto de muchos camaradas. Algunos han terminado por atreverse a hablar en voz alta, si bien en el círculo estrecho del ambiente burocrático: «¿Por qué no se pronuncia? ¡Seguramente porque no tiene nada que decir!» En esta atmósfera ha hecho fortuna la expresión «ser como Stalin, que no ve nada».

Los más «informados» en las capas medias de la burocracia decían significativamente, después de la Conferencia: «Si Stalin ha guar-

(1) Encargados de hacer la claque.
(2) Vuz = universidad.

dado silencio es porque arriba existen divergencias, tanto en lo tocante a política interior como exterior.»

Las provocaciones japonesas han conmovido al Partido y a toda la clase obrera. Se esperaban acciones decisivas a este respecto por parte del Estado soviético, si bien procurando no caer en la provocación. Se esperaban y se buscaban directivas, pero las directivas brillaban siempre por su ausencia. Un día oí esta reflexión regocijante: «Será necesario que L. D. (Trotsky) envíe lo más rápidamente sus directivas.»

Los rasgos irónicos de este género se extienden rápidamente a través de Moscú y de todo el aparato, de arriba abjo y de abajo arriba. En la medida de lo posible algunas veces las directivas llegan, por fin. El número 25-26 del *Boletín de la Oposición de Izquierda rusa*, con el artículo «Alemania, clave de la situación internacional», produjo en la burocracia efectos «contenidos». El eco de este artículo ha repercutido en todo el Partido. Si en las cumbres burocráticas existían divergencias sobre la cuestión oriental, tales divergencias quedaban resueltas en este sentido: «No hay que caer en las provocaciones.» Nosotros opinamos que esta decisión es muy justa. También se han producido discrepancias sobre la cuestión del restablecimiento del mercado interior. Parece que Molotov se oponía a ello.

Hay que hacer constar que las capas superiores de la burocracia están de tal forma cristalizadas que los nuevos comunicados sobre su vida interior apenas llegan a la base; las luchas intestinas de las «cumbres» no se desarrollan en los medios oficiales como el Buró Político del Comité Central y otros, sino entre las cuatro paredes del Secretariado general, «en la intimidad». Si nosotros pudiéramos recibir ahora en la U. R. S. S. algunos cientos de ejemplares de cada número del *Boletín*, la situación del Partido tomaría otro aspecto. La necesidad de una clasificación crítica de la situación y de las perspectivas, ahogada en todo el período de «vértigos» a consecuencia de los primeros éxitos, se despierta ahora, anhelante como una verdadera sed de explicaciones. Pero del *Boletín* no nos llega más que un reducidísimo número de ejemplares, y ello de milagro; en las altas esferas burocráticas se lee con mucha curiosidad. Sin embargo, el camarada medio del Partido no adquiere conocimiento de ello más que en el extranjero. El que teme traer consigo un ejemplar del *Boletín* lo ha estudiado en el extranjero de cabo a rabo y ya no existe poder capaz de impedir «llevarlo en la cabeza». Así, las ideas del *Boletín* no tardan en difundirse en sectores cada vez más amplios. Aparte de esto, la Prensa oficial, a propósito de las grandes cuestiones, juzga necesario, de vez en cuando, lanzar tal cual consigna contra el «trotkismo contrarrevolucionario». En la *Pravda Bolchevique* y en la *Pravda de Leningrado*, en la Prensa provincial, en el *Diario Literario* y en muchas otras revistas, se puede con frecuencia leer alguna cita del *Boletín*, y a veces la exposición de un artículo completo. Todo oposicionista, al abrir el último número del periódico, lo hace con esta esperanza: «¿Dice algo de nosotros?» Las citas están casi siempre desfiguradas, hasta el grado más bajo de la mentira; pero en estos últimos años hemos aprendido a leer entre líneas. De diez veces, nueve acertamos a comprender exactamente la manera exacta como planteais las cuestiones en el *Boletín*.

En realidad, a pesar de la destrucción de nuestras organizaciones, la Oposición de Izquierda vive. No obstante la persecución feroz, la dispersión violenta, el aislamiento, la Oposición crece y se fortifica. Todos los días se descubren nuevas células y organizaciones oposicionistas. No hay en el mundo entero un lugar donde sea más difícil y

penoso trabajar, en el sentido técnico, en el movimiento marxista que en la U. R. S. S. en la actualidad. Se trata de una jugarreta de la Historia capaz de mellar los dientes a la más consumada dialéctica. Los elementos más «destacados» entre los sometidos justifican así su capitulación: «Puesto que de todas formas resulta imposible realizar aquí un trabajo ilegal, más vale ser un honrado empleado del Estado obrero.» Pero ahora hay que reconocer que, a pesar de todo, el pensamiento de la Oposición consigue penetrar en el Partido. En este terreno me veo obligado a mostrarme prudente. Me conformaré con citaros algunos hechos notoriamente conocidos que han llegado ya a conocimiento de las «cumbres».

En la empresa «Amo», durante el período de crisis, de la que hablo anteriormente, se fijaron pasquines: «¡Abajo las pezuñas ante los salarios!»; y encima el retrato de Trotsky. La fotografía fué arrancada inmediatamente por la Administración. Sin embargo, para un hecho semejante no hacen falta explicaciones. En su consecuencia, la fábrica «Amo» no tardá en titularse fábrica «Stalin»; pero aquí, una vez más, quedaban sin corresponderse la expresión oficial y el contenido real. En otra fábrica, cuyo nombre no debo citar, se colocó una fotografía de Lenin, pero dispuesta de tal forma que, vista de través, representaba la figura de Trotsky.

La autoridad de los oposicionistas que no han capitulado, que no han sido vencidos, es muy grande en la base del Partido y aun en el aparato. «¡Éstos son hombres!», exclaman aun nuestros adversarios. Otros van aún más lejos: «¡He aquí los auténticos bolcheviques!» Los personajes del género de Radek son mirados con desprecio, aun en los medios burocráticos. No hace mucho tiempo llegó a Moscú, por asuntos de familia, con permiso de las altas esferas, el camarada Muralof. Probablemente los burócratas le han dejado venir para poner a prueba su firmeza. Se le enviaron algunos apóstatas, escogidos entre los más «aptos». Comenzaron pidiéndole una entrevista. Muralof respondió: «Si venís con ánimo de convencerme, es inútil que hablemos.» Tal respuesta dió rápidamente la vuelta a Moscú, siendo acogida por doquier con exclamaciones de aprobación: «¡Bravo, Muralof!» Y la entrevista no se celebró. Muralof volvió a Siberia.

A principio del mes de marzo se hizo un registro en casa del camarada Kasparoff y en la de su hijo, en la que se encontró, al parecer, un documento comprometedor. ¿No sería el testamento de Lenin? ¿O quizá la copia de la carta en la que Lenin, antes de morir, decidió romper con Stalin toda relación de amistad? Después de la muerte de Lenin se han encontrado muchos documentos «¡comprometedores!» ¿Pero a quién comprometen tales documentos? También se hizo un registro en casa de Grunstein y de su mujer, que están en Saratov. Stalin no consiente a esta vieja pareja de revolucionarios bolcheviques, absolutamente irreprochable, respirar libremente, así como a muchos otros. Conoce bien su prestigio y sabe cuánto es el respeto y la autoridad que rodean sus nombres. Resulta alentador que existan tales «viejos» a quienes tres revoluciones no han podido debilitar; que largos años de lucha, de prisión, de deportación, el mismo ambiente burocrático no han logrado descomponer.

Pero, a pesar de todo, lo que nos da más valor es la afluencia constante de los nuevos cuadros de jóvenes oposicionistas. No hace mucho tiempo se descubrió en Sverdlovs una organización de setenta y cinco oposicionistas, de los cuales ocho están ya en el aislamiento. Sverdlovs no es una excepción. Los arrestos no disminuyen, sino al contrario, lo que nos permite darnos cuenta de la afluencia de nuevas fuerzas.

En los lugares de deportación se desarrollan cada vez con más intensidad las colonias de bolcheviques-leninistas. Hace algunas semanas se extendió por Moscú la noticia de la muerte de Rakovski, lo que provocó un sentimiento de espanto. «¿Es posible que Rakovski haya muerto?», se preguntaban unos a otros con angustia. «¿Será posible?» Lo que significaba: «¿Es posible que el crimen de Stalin hacia Rakovski haya llegado a ser irremediable?» Por fortuna, el rumor no tuvo confirmación. Es de notar que tres meses antes el mismo rumor se extendió con respecto a Sosnovski, provocando por todas partes el mismo terror. El recuerdo de Sosnovski entre los obreros de Leningrado, de Moscú y del Ural está siempre vivo y perenne. Para nosotros era un verdadero enigma: «¿De dónde pueden proceder tales rumores?» No hay duda: tales rumores tienen su origen en la inquietud aguda, profunda, de la base del Partido por la suerte de los camaradas queridos e inolvidables.

A este propósito, el último número del *Boletín* de Barnul nos informa que Rakovski y su compañera padecen del corazón; pero que, a pesar de todas las dificultades de sus existencias y de su vida de encierro, están pletóricos de valor y de esperanza.

La noticia de la muerte de Rosanoff, por esta vez, desgraciadamente, exacta, ha impresionado intensamente a sus amigos, que son numerosos en el país. Era uno de los camaradas más puros, más bravos y más tenaces, a pesar de su enfermedad. Marxista y agrónomo, estudiaba con atención todos los métodos de agricultura y, sobre todo, el desarrollo de los kolkhoses. La ausencia definitiva de su juicio serio, basado sólidamente en la experiencia y la teoría, será profundamente notada entre nosotros.

Así es la vida; trae mezcladas tristezas y alegrías: los viejos desaparecen; los jóvenes, los nuevos, vienen a nosotros.

M. M.

Moscú.

En el próximo número publicaremos las tesis sindical y agraria adoptadas por la Conferencia Nacional de la Izquierda Comunista Española. Causas ajenas a la voluntad de la redacción de COMUNISMO y del C. E. de la I. C. E. nos han impedido publicarlas antes de ahora.

La izquierda comunista española y los grupos Rosmer y Landau

Los partidarios de Rosmer, en Francia, y de Landau, en Alemania, han tratado de aprovecharse de las decisiones adoptadas en nuestra Conferencia Nacional para combatir la organización internacional de la Oposición Comunista de Izquierda, cambiando la significación de las decisiones y dándolas una importancia que no tienen. Para acabar de una vez con una situación que sólo puede servir para combatir nuestra organización, hacemos la declaración siguiente: 1.° No ofrece duda alguna que nuestra organización no tiene ninguna discrepancia política con la Oposición Comunista de Izquierda y que hemos aceptado y aceptamos la disciplina comunista de nuestra organización; 2.° Hemos votado en Nuestra Conferencia Nacional una resolución para la convocatoria de una Conferencia Internacional de nuestra organización, y hemos defendido la idea de permitir su defensa ante la Conferencia de los grupos excluidos o separados de la Oposición por discrepancias con la dirección de la sección de su país o internacional, pero no hemos defendido nunca la idea de una Conferencia en la que los grupos excluidos o separados pudieran intervenir en la misma forma que las organizaciones legítimas. Sólo para defenderse en sus casos particulares, y pidiendo por anticipado su intervención, podría ser admitida su asistencia a la Conferencia, lo que es muy diferente a la noticia publicada por los órganos de Rosmer y Landau; 3.° Hemos criticado lo que consideramos erróneo en la organización, pero esto no quiere decir que no queramos aceptar la disciplina de nuestra organización, y menos todavía que no estemos de acuerdo con las ideas de nuestra organización internacional, con el camarada Trotsky y con el S. I. Hemos expresado siempre nuestro punto de vista sobre los diferentes problemas de nuestra organización internacional, pero también hemos aceptado siempre el acuerdo de la mayoría. Es necesario señalar que sólo sobre cuestiones de detalle y organización, y no sobre cuestiones políticas, hemos tenido discrepancias con el punto de vista del S. I. y del camarada Trotsky. Aprovecharse de esto para combatir nuestra organización internacional es llevar a cabo una maniobra indigna de gentes honradas y de comunistas. No hay duda de que no tenemos nada que ver con los grupos Landau y Rosmer, y que estimamos que el camino que ellos han emprendido no es el más fácil para volver a la organización. El hecho de que hayamos pedido que se oiga la defensa de los grupos excluidos no quiere decir, ni mucho menos, que estemos de acuerdo con ellos. Suplicamos a las secciones nacionales de la O. C. I. que publiquen esta resolución en su Prensa para impedir las maniobras que con nuestro nombre puedan hacer algunos elementos de más o menos mala fe.—EL COMITE EJECUTIVO DE LA IZQUIERDA COMUNISTA ESPAÑOLA.

Madrid, 2 de septiembre de 1932.

REVISTA DE LIBROS

Trotsky (L. D.): *¿Y ahora? Quién vencerá en Alemania: el comunismo o el fascismo.*—Ediciones Comunismo. Madrid.—1,50 ptas.

Se ha colocado a esta obra entre las mejores de Trotsky, y esto es justo desde todos los puntos de vista. Pero son, en primer término, las circunstancias históricas las que valoran la obra de Trotsky. La grave situación del movimiento revolucionario mundial a través de los acontecimientos de Alemania; la proximidad de la batalla que decidirá por unos cuantos años la suerte del proletariado mundial, sin exceptuar, naturalmente, al de la U. R. S. S.

Ocho años sin Lenin, ocho años de lucha contra Trotsky, ocho años de régimen de epígonos, han hecho variar la correlación de fuerzas tan considerablemente, que el capitalismo mundial organiza el asalto al centro de la revolución internacional. El camino, han sido todos los errores, todos los zigzags y todas las claudicaciones del centrismo. Los jalones, de la revolución china y de la huelga inglesa principalmente, han sido, más que hechos aislados, las señales del rumbo peligroso de la Dirección de la I. C. que conducían hacia situaciones más graves, en que no solamente se jugaban las vidas de millares de comunistas y un aplastamiento parcial del proletariado, sino la misma vida de la U. R. S. S. y de la I. C. En este sentido, Alemania es el jalón decisivo.

En otras obras, Trotsky señaló la importancia mundial de la revolución alemana; en ésta, estudia la táctica que conduce a la victoria. En él analiza la naturaleza de los partidos que luchan en Alemania, sus contradicciones internas y cómo apoyarse en estas contradicciones para vencer. Las experiencias de las revoluciones rusa, italiana, etcétera; los documentos de los primeros Congresos de la I. C., marcan con una gran claridad el camino a seguir. Al lado de estos capítulos, otros estudian la desorientación del centrismo ante la gravedad de las consecuencias de su política, sus variaciones, sus virajes enmascarados bajo un lenguaje confuso, la lucha por su prestigio burocrático...; en fin, «la miseria ideológica del centrismo». El problema central del libro es el del «frente único», tal como se practicó en Rusia en el 17 contra Kornilov, y tal como le lleva el P. C. A. con sus ultimátums a la clase obrera alemana.

Sólo el maravilloso estudio de Trotsky de las condiciones del triunfo del proletariado alemán puede darnos la confianza en la victoria contra el fascismo. El viraje del Partido impuesto por la base, el frente único del proletariado, conduce al aplastamiento del fascismo. La Oposición Comunista lucha por que las doctrinas de Lenin sigan desde la I. C. alumbrando el camino de la victoria al proletariado mundial, y esta obra de Trotsky es un enorme esfuerzo en este sentido.

No podemos dejar de consignar la energía y la justeza con que Trotsky reivindica el papel dirigente del Partido frente a todas las maniobras de la derecha comunista, queriendo contraponer los intereses de las masas y de los soviets a los del Partido. Corresponde a la Oposición Internacional no sólo la lucha por la línea bolchevique dentro del Partido, sino la defensa de la misión del Partido en la revolución.

Todo comunista, todo obrero, debe leer el libro de Trotsky.—*M. V.*

Imp. Pueyo.—Luna, 29.

Gran rifa a favor de la Prensa y propaganda de la Izquierda Comunista Española

Con objeto de ayudar económicamente a la Prensa y la propaganda de la Izquierda Comunista Española, hemos organizado una gran rifa de las mejores obras marxistas en combinación con el sorteo de Navidad de la Lotería Nacional. El resultado de este sorteo nos permitirá subvenir a las necesidades más perentorias económicas de nuestra organización, principalmente la reaparición de nuestro órgano central, EL SOVIET, y el celebrar algunos actos en distintos sitios de España donde se requiere nuestra propaganda.

Los premios que se distribuirán serán los siguientes: al que posea el número igual al del premio mayor del sorteo se le entregarán todas las obras, en su edición de lujo, publicadas en castellano, de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Al segundo premio, todas las obras de Trotsky; al tercero, todas las de Marx y Engels, y al cuarto, todas las de Lenin. A todos los que posean los números correspondientes a los demás premios mayores, incluso los de 25.000 pesetas, se les entregará una colección de los veinte folletos editados por Ediciones Comunismo. Cada papeleta contendrá tres números, y el precio de la papeleta será de treinta céntimos.

Hemos remitido a todos los grupos de la Izquierda Comunista de España una circular para que nos hagan el pedido de las papeletas que crean puedan vender. Si algún grupo no la ha recibido, puede darse por enterado y enviarnos nota de su pedido. Igualmente pueden hacer los camaradas simpatizantes y suscriptores de la Revista, a los que nos dirigimos muy especialmente para que contribuyan con su aportación a esta gran rifa de obras. La petición no se limita a que adquieran unas papeletas, sino deseamos que procuren vender todas las más posibles entre sus amigos y conocidos. Dada la calidad de los regalos, nuestros militantes tienen ocasión de colocar buena cantidad de ellas entre los camaradas del Partido. A nuestros camaradas de América, y a consecuencia de la distancia, sin aguardar sus pedidos, les remitiremos un número prudencial de papeletas, que esperamos harán todo lo posible por colocar.

El mayor deseo de todos nuestros camaradas es seguramente poseer una biblioteca de todas las obras fundamentales del marxismo. El precio elevado de ellas hace imposible su adquisición para los trabajadores. Nosotros les ofrecemos una buena oportunidad de poseerlas sólo por el precio de treinta céntimos.

En las mismas papeletas, con los números de la rifa, se dan todos los detalles de las mismas y establecen las condiciones. Todos los pedidos deben dirigirse a: F. García, Apartado de Correos 918, Madrid. Los giros deben enviarse a: F. García, Cabeza, 30, Madrid. (En caso de remitirse cheque debe hacerse siempre a nombre de F. García Lavid, y nunca de «Henri Lacroix». Siendo éste un seudónimo literario de nuestro camarada García Lavid, con frecuencia surgen dificultades para el cobro de los cheques a este nombre, por no poder justificar su personalidad en el Banco.)

APRESURAOS A HACER VUESTROS PEDIDOS DE PAPELETAS PARA LA RIFA A FAVOR DE LA PRENSA Y PROPAGANDA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA ESPAÑOLA.

DE PALPITANTE ACTUALIDAD

Y AHORA

¿Quien vencerá en Alemania? ¿El fascismo o el comunismo?

Por LEON TROTSKY

90 páginas, 1,50 pesetas

El desarrollo de los acontecimientos políticos alemanes llena en la actualidad la curiosidad de todo militante revolucionario. ¿Cuál es la táctica que sigue el Partido Comunista alemán? ¿Cómo derrotar sobre el terreno de los hechos a la socialdemocracia? ¿Cómo hacer frente a las bandas hitlerianas? A todos estos problemas contesta Trotsky en este interesante trabajo de cerca de cien páginas de apretado texto.

SUMARIO

Prefacio.—La socialdemocracia.—Democracia y fascismo.—El ultimatismo burocrático.—Los zigzags de los stalinianos en la cuestión del frente único.—Repaso histórico sobre el frente único.—Las lecciones de la experiencia rusa.—La experiencia italiana.—Por el frente único en los soviets como órgano supremo de frente único.—El partido socialista obrero.—El centrismo en general y el centrismo de la burocracia staliniana.—Las contradicciones entre los éxitos económicos de la U. R. S. S. y la burocracia del régimen.—Los brandlerianos y la burocracia staliniana.—La estrategia de las huelgas.—El control obrero y la colaboración con la U. R. S. S.—¿La situación es desesperada?—Conclusiones.

Todos los comunistas deben leer y propagar este interesantísimo libro.

Los pedidos a EDICIONES COMUNISMO, Apartado 918. Y los giros a F. García, Cabeza, 30. - Madrid